



Querida Verónica

UN ROMANCE SOBRECOGEDOR QUE
DA UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD
EL AMOR VERDADERO

MARTA ESCUDERO



QUERIDA VERÓNICA

*Un Romance Sobrecogedor que da una Segunda
Oportunidad al Amor Verdadero*



Por Marta Escudero

© Marta Escudero 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

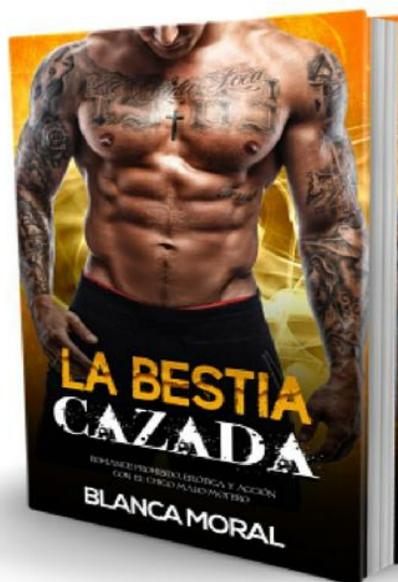
Dedicado a;
Marta, por cuidar de mi hermano.
Mario, por inspirarme a ser más.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click Aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento*

GRATIS

Querida Verónica,

Cuando te vi aquella primera vez eras muy joven.

Yo apenas estaba empezando en la Academia Militar. Era mi primera licencia y lucía orgulloso mi uniforme de cadete. Los inicios de la Academia, habían sido días difíciles para mí. Pero mi vida nunca había sido fácil; así que, estaba acostumbrado a ganarme las cosas con bastante esfuerzo.

Mientras cumplía los rigurosos y exigentes estudios y entrenamientos, e incluso castigos, de esos primeros seis meses, nunca pensé en rendirme. Pude ver a algunos de mis colegas doblegarse y renunciar a esta carrera.

Yo nunca me rendí. Ahora que volvía a la calle, físicamente más delgado pero más fuerte y con un espíritu más decidido, podía apreciar con total claridad que la vida militar estaba hecha para mí y yo estaba hecho para ella.

Después de un aburrido viaje, me bajé del taxi en que viajaba, al llegar a la avenida principal del vecindario. Faltaban aún varias calles para llegar a la casa de mi tía, donde vivía desde muy niño. Necesitaba caminar un poco, respirar de nuevo el aire de mi ciudad, sentir algo de libertad en mis pasos. Debo confesar que también me animaba un poco de petulancia. Me agradaba notar la admiración que levantaba en muchos transeúntes mi impecable aspecto marcial.

Cruzando una esquina aminoré un tanto mi paso, contemplando un grupo de chicas estudiantes de secundaria que caminaban alegremente por la acera riendo, y parloteando, con libros en sus manos. Recogidos sus cabellos por lazos y cintas negros, escondidas sus piernas tras gruesas medias blancas que terminaban en botines de cuero negros y enfundadas sus siluetas en sus “jumpers” de desagradables cuadros azules, marrones y rojos.

Todas me miraron, mientras avanzaban desordenadamente en mi dirección. Yo me detuve muy formal y algo engreído. Sólo tú me ignoraste. Nunca supe por qué lo hiciste. Pero esa ignorancia me pareció más un reto que un desplante.

Me preparé con arrogante solemnidad a acompañar el paso del cortejo frente a mí con un recio “Buenos días”, que fue respondido bulliciosa y coquetamente a coro por todas... Por todas, menos por ti. Y después de un silencio que me pareció una eternidad, me respondiste con sequedad “Buenos días”.

Tu cortante respuesta y tu actitud altiva me resultaron inesperadas, pero no hicieron más que resaltar la belleza de tus ojos color avellana y tus

ondulados cabellos de un particular color castaño claro.

Tu indiferencia me molestó un tanto; pero lo que me dejó completamente confundido fue notar que, discretamente, volteaste hacia mí, mirándome de reojo, justo antes de perderte de mi vista, con el grupo de chicas, tras cruzar en la siguiente esquina.

La desazón asaltó mi corazón, haciendo que diera un vuelco y latiera furioso; mientras mis manos parecían deshacerse en sudor. Me pregunté media docena de veces “¿Acaso ella me miró?” Dudando de todas las posibles respuestas. Toda mi petulancia había sido destruida por una mirada. Decidí continuar hacia mi destino, caminando de prisa, sorprendido por el sudor de mis manos y el calor que sentía subir a mi rostro.

Todos esos días de mi primera licencia, no pude dejar de pensar en todo lo acontecido en esos instantes; muy especialmente en esa mirada de soslayo. Días después, volví a mi cuartel, inundado de una serena nostalgia por no saber si habría de verte de nuevo alguna vez.

Mientras cumplía mis actividades bajo la estricta disciplina de la Academia, fantaseaba con reproducir nuestro primer y único encuentro en esta o aquella esquina del vecindario. Pero en todas mis fantasías, sólo lograba decirte “Buenos días” y no lograba siquiera imaginar que podría pasar después.

Me resultaba incómodo que cualquier persona pudiese causarme tal conmoción y generarme tantas incertidumbres. Me lo reproché varias veces e intenté desechar tales pensamientos y sentimientos. Pero no tuve éxito.

Así pues, en parte llevado por la expectativa ansiosa de volver a encontrarte y en parte motivado por mi orgullo herido frente a tu excesivo influjo en mis pensamientos, decidí buscarte y verte de nuevo. Decidí que tenía que encontrarte; aunque fuese para que me ignorases y terminar con esta tonta fantasía.

Cuando se cumplieron de nuevo mis días pautados en la Academia y se avecinaba una nueva licencia, me empecé a sentir ansioso. Ya no fantaseaba. Ahora metódicamente pensaba como podría ubicarte en un vecindario tan grande.

Sabiendo tan poco de ti. Empezaría por investigar a qué colegio correspondía ese uniforme. De hecho, ese uniforme no era muy común, y por lo mismo, no era fácil de olvidar; ni sería difícil de ubicar. Tenía que conseguirte.

Desde ese encuentro, mi conducta en la Academia fue más que ejemplar,

para lograr la mayor cantidad de licencias posibles. En cada una de ellas, fui avanzando en mi investigación. Siempre te buscaba luciendo mi uniforme militar, para facilitar que me reconocieras, si aún me recordabas. Incluso varias veces, creí reconocerte a lo lejos en algún grupo de estudiantes. Pero aún mi búsqueda no alcanzaba el éxito.

Un día, me dirigía sin prisa por una calle secundaria en dirección a la casa de mi tía. Usaba un atuendo de deportes, algo descuidado, sudado y con mis pantalones manchados de barro, después de una alegre tarde de fútbol con los amigos de la infancia. En ese momento,.. ¡Te conseguí!

Me sentí algo avergonzado por mi aspecto. Dudé que hacer mientras seguíamos caminando en direcciones que nos harían encontrarnos. Me sentí un poco ridículo en esa situación. Me detuve y tú pareciste decidida a pasar frente a mí, justo en el peor momento. Sentía un gran cosquilleo en mi abdomen. Quería correr, pero no me lo permití. Pasaste muy seria al frente de mi paralizado cuerpo. Sólo atiné a decirte con mucha formalidad:

—Buenos días.

No levantaste la mirada, pero sonreíste y me dijiste, corrigiéndome:

—Buenas tardes.

Corregí presuroso:

—Buenas tardes, joven —y nuestras miradas se cruzaron brevemente mientras sonreíamos. Me quedé de pie sonriendo hasta que tus pasos te alejaron completamente de mí.

Desde esa vez logré verte a la distancia varias veces, No me atrevía a acercarme a ninguna de tus amigas para preguntar por ti. Pensé que te podías sentir incomoda y temía que podías cortar, de plano, la escasa comunicación que teníamos. Te llamaba en secreto “ojos avellana” por el color tan bello y particular de tus ojos.

Hasta que escuché que algunas de tus colegas te llamaban, entre risas: Verónica Y tu nombre me pareció un poema. Aún no sé si fue porque me parecía bello, o porque me permitía soñarte con nombre propio. Decidí que la próxima vez que te viera te saludaría por tu nombre.

Te busqué, ataviado de ropa deportiva; esta vez impecable. Me viste de pie esperando en aquella esquina, pero mantuviste tu rumbo que te llevaba a mi encuentro. Mi corazón se aceleraba, mientras cada paso tuyo te acercaba más hacia mí. Al llegar a unos pasos te saludé con la mayor formalidad que pude:

—Buenos días, Verónica.

—Buenos días. ¿Quién le ha dicho mi nombre? —me respondiste con tono un tanto áspero.

—Disculpe, no quise molestarla. Nadie me lo ha dicho —respondí, disimulando muy mal mi nerviosismo. Continué explicando, mientras presentía que todo iba a terminar mal:

—He escuchado su nombre casualmente, cuando sus amigas la han llamado. —Hice una breve pausa.

—Me pareció más cortés y decente saludarla por su nombre que decirle “joven” —esta vez me expresé con actitud más segura.

—Ah, entiendo... Considera usted que no soy joven. —replicaste.

—¡Claro que lo es, señorita! —expliqué apresuradamente y con un enorme nudo en la garganta.

Seguí parloteando desordenadamente, con el corazón agitado y las manos sudorosas:

—No quise decir eso, señorita, joven... Es decir... Sólo quise decir...

Me interrumpiste, con tono sarcástico:

—¡Caramba! Ahora no haya como llamarme...

Traté de retomar el control de la situación:

—La llamaré de la forma en que usted considere más apropiada.

—¿Acaso algo le disgusta de mi nombre?-dijiste severamente.

—Por el contrario...-repliqué de inmediato —¡su nombre es precioso! Es para mí como una canción, como un poema.

Me sonrojé al escuchar mis propias palabras, al sentirme indiscreto y saber que mis sentimientos se develaban por si solos.

Alzaste tu mano derecha, haciendo un gesto para contener las palabras que me disponía a decir. Quedé en expectativa, y me dijiste en tono muy marcado:

—Buenas tardes, señor... —y comenzaste a caminar lentamente.

Respondí automáticamente:

—Buenas tardes, Verónica. —Y sólo caí en cuenta que ya era de tarde; que otra vez me había equivocado, cuando vi tu sonrisa picaresca después de alejarte algunos pasos.

Al día siguiente, te volví a esperar en el mismo lugar. Cuando te miré, ya sonreías espléndidamente; con esa sonrisa que es para mí como un amanecer. Te acercaste como casualmente. Yo, más formal de la cuenta, te dije:

—Buenas tardes, señorita Verónica. Permítame presentarme. Soy el Cadete Gonzalo Lares. Para servirle.

—Buenas tardes, cadete. —respondiste, con bastante formalidad, pero sonriendo —Mucho gusto en conocer su nombre. Me alegra mucho que ya sepa diferenciar la mañana de la tarde. Nos miramos y reímos de buen grado.

De allí en adelante, nuestros encuentros fueron menos casuales, y menos embarazosos para mí. Hablamos, caminamos, reímos.

Se acercaba el final de mi preparación académica. Pronto sería todo un Oficial del Ejército. Mi destacada conducta me había permitido un número importante de licencias, en las que invariablemente hallaba la forma de encontrarme contigo. Algunas veces, nos veíamos un rato en la mañana, mientras hacías alguna pequeña compra para tu casa.

En otras oportunidades, coincidíamos en la tarde cuando volvías de clases o de estudiar casa de alguna compañera. Pero ya no nos esforzábamos en aparentar mutuamente que todo era fruto de la casualidad. Por el contrario, manteníamos una silenciosa, pero expresa complicidad, para compartir tiempo juntos.

Al cabo de un tiempo, sentí que esto que pasaba entre nosotros no era una simple travesura de chicos que se atraen. Era algo mucho más profundo, que provenía desde nuestras almas, que se encontraban una a la otra con mayor facilidad aún que nuestras palabras o nuestras sonrisas. No tenía la menor idea de cómo decírtelo, pero me había enamorado irremediablemente de ti.

Una tarde, en la que estuviste “de pocas palabras”, me dijiste de pronto, con el ceño fruncido:

—Cadete Lares, no podemos seguir consiguiéndonos a conversar en las calles; por más agradable persona que sea usted. Tales encuentros podrían traer murmuraciones y soy una mujer de respeto que debe velar por su buen nombre y el de su familia. Sé que usted es un caballero y lo entenderá.

Escuché con absoluta atención; respetando tu seriedad, que me parecía un poco exagerada, y te contesté:

—Comprendo plenamente, señorita Verónica. Por tanto en resguardo de su buen nombre y del prestigio de su apellido procederé a hacer acto de presencia en su residencia familiar. Me presentaré con sus padres formalmente para solicitar que me consientan, de ahora en adelante, visitarla allí.

Abriste tus ojos en mezcla de asombro y temor. Dijiste con la boca muy abierta como si estuvieras gritando, pero con la voz baja:

—¡Eso sí que no!

Me sorprendí y me sentí contrariado. Más aún, reconozco que me angustié un poco.

—¿Qué pasa, Verónica? ¿Acaso no quieres verme más? ¿Algo que yo haya hecho te ha ofendido?

—No. Gonzalo. Nada malo has hecho; pero no podremos seguirnos viendo. Mi madre ya sabe que tú existes y me ha advertido que mi padre no tardará en enterarse —respondiste entristecida.

—Muy bien —respondí, yo -Entonces es el momento preciso de que yo vaya a hablar con ellos.

—¡No puedes hacer eso! Mi padre jamás te aceptará. Papa es estricto y algo celoso —dijiste con voz molesta, ya no tan baja.

—Déjame hablar con él —insistí.

Te expliqué luego con sobriedad:

—Soy un hombre de bien, honesto. Sin riquezas, pero trabajador y con futuro.

—Pero eres militar —dijiste algo exasperada por mi férrea insistencia.

—¿Y acaso eso es malo? Tengo una digna profesión. En pocas semanas seré un Oficial del Ejército de la República.

—Papá ya le ha dicho a mamá que nunca querría un militar para su hija. Que no aceptará un marido viajando y ausentándose de casa frecuentemente, dejándome descuidada y abandonada —respondiste tan expresivamente que no pude saber si estabas triste o molesta.

Hiciste una pausa y pareciste tomar una gran bocanada de aire para terminar, con aire solemne:

—Dijo que yo merezco algo más estable. Y yo creo que eso es cierto.

Te volteaste para retirarte de nuestra presurosa conversación, en la calzada de una calle de nuestro vecindario. Te tomé con firmeza por el brazo y te hice volver a mirarme. Con mis ojos directamente mirando a los tuyos, te dije:

—Está bien. Lo entiendo. Pero hay algo que no has considerado...

Ya no somos niños. Tú eres una persona muy agradable...y me precio de que seamos buenos amigos. Pero mis sentimientos hacia ti no se quedan en una buena amistad. Eres la persona con quien quiero compartir mi vida, Verónica. Es amor lo que me trae a ti cada tarde. Es amor lo que me hace soñar contigo con los ojos abiertos todos los días del mundo.

Sé que no eres indiferente. Puedo sentirlo. Tus ojos, tus manos, tus sonrisas me dicen que hay entre nosotros una comunión de nuestras almas. Rompiste a llorar en silencio y esbozaste una tierna sonrisa que prontamente se transformó en una expresión más amarga. Con seriedad, pero sin poder

contener tus lágrimas, me dijiste secamente:

—No puede ser. ¡No puede ser, y punto!

Esta vez caminaste tan a prisa como te fue posible, sin mirar atrás.

Me quedé con un sollozo ahogado en mi pecho que nunca logró salir y me impedía respirar con normalidad.

Deambulé un buen rato por las tranquilas calles del vecindario, sin saber qué pensar, ni qué hacer. Estaba confundido y me embargaba una tremenda melancolía. Tantas veces resonaron tus duras palabras en mi mente...hasta que comprendí que tu voz repetía las palabras que seguramente serían de tu padre; pero tus ojos me dejaban ver que tu alma sentía y opinaba distinto. Allí, en tu mirada, estaba reflejado ese amor que late con el mío.

Las últimas licencias como cadete, las pasé solo. Ayudando a mi tía en alguna labor de la casa y ocasionalmente jugando fútbol con los chicos del vecindario; pero todo con muy poco ánimo. La soledad no me era extraña. De mis padres no conservo ningún recuerdo; pues fallecieron cuando estaba muy niño. Vivir con mi tía era bastante parecido a la disciplina de la Academia Militar.

Conocía lo fuerte de tu carácter y, por tanto, de la firmeza de tus decisiones. A pesar de ello, no pude evitar caminar “nuestras calles” en las tardes, aspirando conseguirte; al menos para mirarte a lo lejos, como aquellas primeras veces. No pude hacerlo. Habías desaparecido.

Mi graduación de oficial fue un acto colorido, de gran solemnidad. Ese día dejé mi nostalgia atrás. De verdad estaba muy orgulloso de mí mismo, por este éxito alcanzado. Mi tía insistió en estar presente; a pesar de que sabía que el viaje sería extenuante para una anciana de su edad; y que yo tenía muy pocas comodidades que brindarle. Viendo mi preocupación y esmero en conseguirle algo de comodidad. Me tomó de la mano y me dijo:

—Es una promesa que hice. La voy a cumplir.

Salí a buscarla orgulloso al final del acto marcial; con mi pergamino estampado con el título de Oficial del Ejército; corriendo en mi nuevo uniforme que lucía mis recién otorgadas insignias de Subteniente.

Ella estaba allí sentada, vestido de negro de pies a cabeza, como siempre. Sus cabellos completamente blancos estaban trenzados en un moño perfecto que ni siquiera la fuerte brisa pudo desordenar. Me senté a su lado, Ella me abrazó y me besó en la frente con una ternura que no le era habitual. Sonriéndome, expresó:

—Estoy feliz. He cumplido. Eres un buen muchacho. Tienes toda una vida

por delante.

Me tomó la cara con sus dos manos, como hacía cuando era un pequeño para limpiar mi nariz, y me dijo mirando a mis ojos:

—Perdóname las cosas que no haya hecho bien, hijo.

Me asombró que me llamara “hijo” y no simplemente “muchacho” o Gonzalo. Le dije con toda sinceridad:

—Usted se ocupó de mí desde que yo era un bebé. Sólo tengo agradecimiento. Ahora yo me ocuparé de usted.

—A donde voy, nada me hará falta —me respondió con una serena sonrisa.

Sonreí, sin entender que esa frase era su despedida.

A las dos semanas, después de un padecimiento en el que nunca volvió a recuperar la lucidez, falleció. Quedé solo nuevamente, como cuando tenía menos de tres años y fallecieron mis padres. Esta vez ya era un hombre con dominio de mi vida. Tenía plena conciencia de lo que significaba la soledad.

Los funerales fueron sencillos, con la presencia de muchos adultos mayores del vecindario; algunos de los cuales asistieron con mucho esfuerzo, cargando a cuestas con quién sabe cuántos achaques. También se presentaron varios de mis amigos del fútbol y el Ejército mandó una corona de flores y una comisión de jóvenes oficiales en su representación.

Al día siguiente, cuando retornaba del entierro me quedé a bastante distancia de la casa de mi tía. Necesitaba tomar aire fresco. Caminé un buen rato lentamente con la mente en blanco, como saboreando la tristeza por la partida de la anciana y la amargura de la soledad.

Estaba ya muy cerca de la puerta cuando noté el bulto que hacía una persona delgada sentada en el descansillo de la entrada. “¿Quién querrá molestarme en este momento?” pensé refunfuñando. Te levantaste y vi tu triste sonrisa y tus brazos abiertos y sin pensarlo te abracé fuertemente. Allí, contigo, pude por fin llorar a mi tía y pude llorar mi soledad.

—¿Qué haces aquí? —te pregunté en voz muy baja, mientras deshacíamos nuestro prolongado abrazo.

—Me enteré anoche del fallecimiento de tu tía y supe que no querías llegar solo a esta casa.

Nos abrazamos de nuevo. “¡Cuánta falta me has hecho!” pensé abrazado a ti, en silencio. Me acompañaste a entrar. Apenas te sentaste llegaron unas viejas vecinas, amigas de mi tía. Me abrazaron las tres al mismo tiempo, y todas a la vez, me dieron palabras de consuelo y bendiciones. Preparé café

para todos.

Conversamos un rato, al ritmo desordenado de las señoras. Recordamos y suspiramos todos juntos. Por un momento, me distraje del curso de la conversación de las tres señoras, en la que tú participabas animadamente.

Captó mi atención un retrato sobre la mesa, que había visto muchas veces. Era un hombre ya maduro en uniforme militar; en pose absolutamente marcial. Era el esposo de mi tía, fallecido hacía muchos años. Una de las vecinas, nota mi atención hacia el retrato y señalándolo dice en voz bastante alta:

—Desde aquel día en que le avisaron de su muerte; ella se vistió de luto. ¡De negro hasta la tumba! —recalcó.

En ese momento, alcancé a comprender en cuanto ese retrato había influido en mi atracción por la vida militar.

Tu y yo estuvimos, todo ese tiempo, cada uno en un extremo opuesto de la sala, con las tres señoras en medio... pero yo sentía como si siguiéramos abrazados.

Ya cayendo la noche, se levantaron al unísono las señoras para irse y tú lo hiciste de inmediato. Cuando las despedí amablemente a todas, alcancé a preguntarte discretamente

—¿Te volveré a ver?

—¡Claro que sí! —respondiste de inmediato; y agregaste: -Somos amigos.

Llegué a tu casa, nervioso, pero con firmeza y determinación. Llevo en mis manos una llamativa flor roja: una dalia. Toqué enérgicamente la sólida puerta de tu casa. Tu misma abriste y me saludaste con cortesía. Coloqué la flor ante tus ojos, que no consiguen disimular ni la admiración ni la sorpresa. Me pediste con amabilidad:

—Pase adelante. Siéntese —mientras señalabas el sofá.

Antes de hacerlo te insistí con gestos y sin palabras que tomaras la flor; hasta que al fin lo hiciste. La admiras por un minuto, te acercas para apreciar su aroma y te vas a la cocina. Llegaste dos minutos más tarde, con la dalia en un florero blanco con agua y la colocaste en una mesa. En ese momento, accedo a cumplir tus instrucciones y tomo asiento en el sofá. Me preguntaste secamente:

—¿Por qué me regala usted, flores? Si entre nosotros no existe tal confianza.

Te digo, serenamente:

—No es un regalo, es una apuesta...

—¿Cómo es eso? ¿A qué se refiere?—respondiste, en el mismo tono.

—Bueno, en realidad, es sencillo. Tengo que salir seis meses de la ciudad a cumplir funciones militares... —comienzo a explicar.

—Ya lo sé —me interrumpes.

Te acomodaste en el asiento en una posición muy rígida y prosigues, ocultando mal tu tristeza e intentando adelantarte a mis palabras:

—Entonces esta flor es su despedida...

—No es despedida, señorita. Es una apuesta. Hice una pausa, un tanto teatral, para mantener tu atención. Presentía que un poco de suspenso, me ayudaría a debilitar las barreras que imponías entre nosotros.

—Esta hermosa dalia, es mi apuesta a que lo que dicen tus ojos refleja más lo que vive tu corazón y tu alma, que lo que dicen tus palabras.

Hiciste un mohín de disgusto. Así que decidí levantarme para que me permitieras continuar:

—Yo apuesto a que dentro de seis meses estarás aquí sentada escuchando de nuevo mi declaración de amor. Escuchando mi propuesta de matrimonio, y hasta los nombres que quiero darles a los hijos que tendremos. Apuesto a que escucharás todo. Y apuesto a que tu respuesta será distinta.

Con el ceño fruncido te preparabas a responder, mientras tus ojos difícilmente contenían tus lágrimas. Me acerqué presuroso y coloqué sutilmente mi dedo índice sobre tus labios. Aceptaste el silencio que te impuse, porque realmente no podías hablar. Cerraste tus párpados y la humedad que asomaba en tus ojos no pudo seguir siendo contenida. Mientras tus mejillas se humedecen, me acerco en silencio y te robo nuestro primer beso.

La calidez de tus labios viajó siempre conmigo, junto a tu sonrisa y el brillo mágico de tus ojos. El tiempo parecía eterno y la distancia infinita. No te puedo negar mi temor de que la vida nos hiciera tomar senderos que nos distanciaran definitivamente...pero, mi apuesta estaba en pie.

Seis meses más tarde, estaba parado frente a la puerta de tu casa, temblando de pies a cabeza. Ya había esperado varios minutos calculando el momento oportuno para chocar mis nudillos contra la sólida madera, cuando la puerta se abrió y tu mamá con tono impaciente me dijo:

—¡Pase de una vez!

Avancé dos o tres pasos al interior de tu casa y me petrifiqué al verte salir descuidadamente de la cocina. Me viste y tus ojos se abrieron enormes,

amenazando con desbordarse en lágrimas. Quedamos en suspenso unos instantes. Tu mamá me susurró entre dientes:

—Diga algo, hombre.

Pero no dije nada, sólo mostré lo que traía en la mano izquierda, oculta tras la espalda: una nueva dalia.

Saltaste a mis brazos. Nos estrechamos en un abrazo, tan tierno y apasionado, que no pudimos contenernos y nos volcamos en un beso que pareció paralizar el universo para dar espacio, por fin, a nuestro amor.

No notamos la variedad de ruidos que hizo tu padre para interrumpir nuestro prolongado beso en la sala de su casa. Sólo nos separamos, para vernos a frente a frente, con nuestros ojos cargados en lágrimas, y prometernos amor para siempre, una y otra vez.

Nuestra boda fue una fiesta bastante sencilla, pues apenas había pasado un año de la muerte de mi tía. Fueron invitados unos pocos de mis amigos de infancia y dos o tres del Ejército y tus familiares más cercanos. Sin embargo, la felicidad rebosaba por todas partes. Fue la primera vez que recuerdo a tu padre con la mirada serena sin fruncir su ceño y sin estar estirando y retorciendo su poblado bigote.

La espera de esa noche se me hizo eterna, hasta que con la más bella de tus sonrisas me dijiste:

—Llevo demasiado tiempo esperándote... ¡vámonos de aquí!

Y por fin solos, esa noche llena de risas, besos y caricias nos fundimos en cuerpo y alma...refrendando lo que sabíamos desde siempre: éramos el uno para el otro.

Menos de dos años después, pudimos planear mudarnos a un mejor lugar, más accesible a nuestros trabajos, más céntrico en la ciudad. Teníamos algunos ahorros y venderíamos la casa que heredé de mi tía, donde habíamos vivido hasta entonces. Te dije resuelto:

—Es mejor un apartamento. Lo pagaremos más pronto. Es más cómodo de mantener y limpiar.

—Eso es cierto, pero yo quiero una casa con un pequeño jardín, y algún lugar para cocinar al aire libre de vez en cuando. —expresaste.

—Oye una casa así, en el centro de la ciudad puede ser bastante costosa. —te advertí.

—No la vas a comprar tú solo. Estoy ganando bastante bien. Podemos hacer un esfuerzo. —argumentas insistente.

—Estas complicando las cosas. En el futuro, dentro de algunos años,

podemos evaluar comprar una casa. Ahora, compraremos un buen apartamento. Está decidido —dije con resolución, para culminar la discusión del tema.

A los pocos meses, estrenamos nuestra casa nueva, invitando a tus padres y unos pocos amigos a un exquisito pescado ahumado, preparado en el jardín...por mí. Después de una deliciosa cena, cuando todos se habían ido, tú y yo limpiábamos y poníamos las cosas en orden. Te acercaste sonriendo pícaramente. Antes que te burlaras, asumí un gesto serio y te dije, en tono de reproche:

—Abusas de mi amor por ti.

Saltaste de improviso sobre mí. Nos abrazamos y besamos y me respondes:

—Un poco, pero te hago muy feliz para compensarlo.

Al año siguiente, vino la “sorpresa esperada” de Dalia. Yo siempre pensé que sería un niño. Cuando la vimos en la ecografía, nos reímos juntos al identificar su sexo. Fue mágico que dijéramos al mismo tiempo “Dalia”. Esa flor. Esa apuesta. No cabía duda: ese sería el nombre de nuestra niña.

Dalia llenó nuestra casa de biberones, pañales, sonajas, juguetes y vestidos de niña. Llenó aún más nuestras vidas de amor y felicidad. Cada llanto, cada gesto, cada sonrisa, cada tropiezo, cada paso, cada palabra, fueron todas una celebración familiar, que nos unía cada vez más.

A pesar de las exigencias de mi carrera, me las había ingeniado para obtener puestos más bien administrativos, que me mantenían la mayor parte del tiempo en la ciudad. Fueron más las veces que pudimos desayunar, almorzar y cenar los tres juntos que las ocasiones en las que tuve que ausentarme por algunos días. Mi recompensa siempre fue encontrarme con tu dulce sonrisa, que ahora venía acompañada de las balbuceantes palabras de Dalia.

Esa sonrisa, que me llenaba de felicidad, cuando salíamos apresurados en la mañana para llegar a tiempo a nuestras labores; cuando arreglábamos el jardín juntos y bromeabas llenando mi cara de barro, o cuando nos entregábamos al amor en la calidez de nuestra habitación, o en ocasiones, de improviso, en el baño, o el comedor. Esa sonrisa que me mantiene atado a tu alma desde la primera vez que te vi.

Un tanto embriagados en nuestra felicidad, no supe ver como el conflicto de nuestra nación con su rival más poderosa escalaba a niveles peligrosos. Una tarde me dijiste que las noticias te angustiaban. Te dije:

—No te preocupes. Si tu horrible traje de colegiala no pudo frustrar

nuestra felicidad, no habrá nada en el universo que pueda hacerlo.

Me golpeaste suavemente con tus puños y reímos juntos por un buen rato.

No había nada que no hiciera por tu felicidad y tú lo sabías. No teníamos riquezas, pero nada nos faltaba. Nuestra felicidad era plena. Nuestra apuesta por el amor había sido ganada.

Hoy cuando veo a Dalia crecer a la distancia, me doy cuenta que ella conserva esa luz brillante de amor que resplandeció en nuestro hogar e iluminaba nuestra vida común, en aquellos tiempos. En medio de mi amarga melancolía, puedo apreciar que sólo nuestra niña queda como evidencia de ese mundo feliz que alguna vez construimos para nosotros.

Ahora mi vida es monótona y triste. Sólo me alegran esos recuerdos que atesoro con celo en mi mente, como cenizas grises y frías de lo que ayer fue una fogata acogedora, ardiente y luminosa.

No puedo culparte. La vida nos presenta a veces giros inesperados y lo que damos por seguro y cierto, puede terminar perdiéndose. A mí, por el contrario, no puedo perdonarme. Aunque no fue mi intención, fui yo quien dejó de estar cuando me necesitabas. Fui yo quien abandoné tu vida. No tienes idea de cuánto lo lamento.

Desperté aturdido. Me alegré de verte sonriendo. Traté de hablarte, pero no lo logré. Miré tus cabellos. Lucían más cortos y enroscados, y un tanto más claros. Tus ojos, al contrario, parecían más oscuros. Me sobresalté un poco, al darme cuenta que... ¡no eras tú!

Desperté de nuevo, mi visión ahora estaba más clara, pero la mente permanecía aún bastante confusa. Miré el techo blanco y limpio de la habitación de grandes ventanales y bien iluminada. Pude ver que era bastante amplia y muy limpia.

Había una media docena de camas metálicas con sábanas blanquísimas, casi todas ocupadas con alguna persona tendida en ella. Todo ese escenario me confundió... “¿¡qué es esto!? ¿¡Dónde estoy!? ¿y tú...dónde estás? ¿y la niña?”

Apareció ella de nuevo; la mujer que por unos instantes confundí contigo. Caminaba suavemente entre las camas con su discreta sonrisa. Ahora pude verla mejor. Era una mujer bastante mayor que tú. Parecía una persona agradable. Se acercó a mi cama. Se mostró visiblemente alegre de verme. Sin embargo, no la conozco. Al menos, no la recuerdo.

Sin dejar de sonreír, me preguntó cómo me sentía. Intenté responderle, pero no sabía exactamente cómo me sentía y solamente salió de mis labios tu

nombre. Bueno, en realidad, emití un sonido torpe y extraño que trataba de pronunciar tu nombre. Ella, con calma, tomó mi mano y me hizo señas de que me tranquilizara.

Me dijo:

—Poco a poco.

Asentí con la cabeza, pero realmente no entendía a qué se refería. Me traté de levantar y me puso suavemente la mano en el pecho y me impidió hacerlo. Añadió:

—Aún está usted muy débil...

Me quedé tumbado en la cama, con cierto estupor pensando “¿Aún Débil?” Seguía sin entender.

Se alejó un par de metros, hacia la luz de un ventanal, para revisar una carpeta o algo similar. Mirándola a esa distancia, pude apreciar su traje y zapatos completamente blancos, impecables. Llevaba puesto una especie de gorro o sombrero también impecablemente blanco. Entonces comprendí: ¡Por Dios, estaba en un hospital!

Mi voz surgió, brusca, torpe y desgarradora:

—¡Verónica!

Desperté de nuevo, mi mente más lucida, pero más confundido que antes con mi situación. Me senté en la cama, con esfuerzo y algo mareado. La enfermera acudió apresurada y mostrando cierta angustia. Esta vez fui yo quien le hice señas para tranquilizarla. Ella se detuvo frente a mi cama y sonrió, algo intranquila aun.

Le pregunté.

—¿Dónde está Verónica?

—¿Quién es Verónica? —me preguntó con amabilidad.

—Mi esposa. Y Dalia es mi niña; nuestra hija. ¿Dónde están?-le expresé sin poder disimular mi angustia.

Continué en el mismo tono:

—¿Qué me pasó? ¿Por qué estoy aquí?

Ella, con voz tranquilizadora, me dijo:

—Vamos con calma, es una historia larga, pero tenemos tiempo.

La enfermera tomó una silla metálica y se sentó a mi lado. Yo, recostado en la cama, la escuché con detenimiento. Me contó brevemente como llegué, finalizando la guerra, herido en la batalla que selló nuestro triunfo.

Me explicó las numerosas heridas que tuve, que hoy son cicatrices. Habló de fiebres, alucinaciones, espasmos e infecciones. Con seriedad y tristeza. me

informó que no conoce nada sobre mi familia; aclarando que en la Dirección del Hospital me podrían ayudar.

Me dijo, visiblemente conmovida:

—Estoy orgullosa de haber estado a cargo de un héroe nacional — mientras señala, con su dedo índice, una placa de identificación militar y una medalla de honor entrelazados en la baranda metálica que funge de cabecera de mi cama. Me acerqué a tomarla con mis manos y pude leer en ellas “Sargento Gustavo Arraez”.

Lloré. Lloré como un niño desconsolado, mientras iba recordando esos azarosos trances de mi vida.

—¡Yo no soy Arraez! —se escapó de mis labios a muy baja voz.

—¿!Cómo!? Pero su placa... —intentaba calmarme la enfermera, pensando que mi mente aturdida me confundía.

—¡Arraez me salvó la vida! —la interrumpí con bastante brusquedad.

Ella guardó silencio entendiendo que yo necesitaba buscar las palabras para expresar el torbellino de pensamientos y emociones que me sacudía.

Me senté en la cama hospitalaria y comencé con calma. Recordaba y hablaba al mismo tiempo, pero mi narración era fluida e, inevitablemente, cada vez más intensa.

“Arraez y yo éramos los únicos sobrevivientes de nuestro pelotón. Al parecer sólo nosotros dos quedábamos en pie, de los cientos de hombres que entablamos combate contra una fuerza enemiga muy superior.

Estábamos convencidos que moriríamos ese día. Justo allí. Por supuesto, que me preocupaba mi muerte, que juzgaba en ese momento inevitable; pero sabía que mi vida, la del sargento Arraez y la de nuestros compañeros ya caídos, eran un sacrificio duro pero necesario y valioso.

Era un momento crucial de la guerra. Nuestro sacrificado combate había logrado su objetivo: habíamos detenido el avance del enemigo en nuestro territorio. Ahora teníamos que ganar tiempo para que nuevos contingentes se incorporaran al combate con más y mejores pertrechos.

Le impondríamos un severo retroceso. No era sólo estrategia militar. No era sólo honor. Estábamos defendiendo nuestras tierras, nuestras casas, nuestras familias ¡Podíamos sacar a estos invasores de nuestras tierras! ¡Podíamos y necesitábamos ganar esta guerra!”

Te defendía a ti Verónica, a nuestra Dalia, a nuestro hogar y al amor que construimos en él. Por esa necesidad, por ese compromiso, valía la pena soportar tanto horror y tanta muerte, en una guerra tan cruenta. Valía la pena

dar la vida. Continué mi relato:

“Ya el cansancio nos vencía. Teníamos hambre y sed. Veíamos a la distancia a los soldados enemigos, aún bastante numerosos, posicionarse cautelosos, entre los escombros de la bombardeada ciudad.

Manteníamos nuestro puesto de vigilancia, sin intentar disparar, pues la distancia era mucha para el alcance de nuestras armas y estábamos escasos de municiones. Además, no queríamos que se percataran que quedábamos tan pocos de nosotros.

Mientras el sol de la tarde dibujaba colores azafranados en el cielo, mi mente iba tras el recuerdo de mi esposa: Verónica, mi amor. Evocaba aquellos primeros encuentros que fingíamos casuales. Aquella roja dalia, en su florero blanco, reinando en la sala de la casa de sus padres.

Luego nuestros almuerzos en familia, los tres en casa. Nuestra niña correteando, con su trastabillante paso inseguro y sus brazos abiertos, para recibirme al llegar a casa. En medio de ese horror, necesitaba aprovechar cualquier momento para dejar volar mi mente en las alas de la nostalgia.

Arraez se arrastró hacia mí en silencio y me pateó en la bota; trayéndome de nuevo plenamente al campo de batalla. Me señaló hacia las pasturas, al otro lado del río. Divisamos los movimientos de un importante contingente de tropas de nuestro bando que se acercaban desde allí. ¡Eran los refuerzos que tanto habíamos esperado!”.

Me había puesto enérgicamente de pie. Hablaba en medio de la sala de pacientes, captando la atención, no sólo de la enfermera, sino de los ocupantes de las otras camas.

“Nuestros muchachos fueron recibidos por intenso fuego de metralla, apenas se acercaron al puente. El enemigo se había preparado bien. No podrían pasar y hacer retroceder al enemigo a menos que nosotros los ayudáramos. ¡Teníamos que desarticular esa metralla!”

Mientras le hablaba a mi pequeña audiencia, vivía, con estremecedor detalle, en mi mente todo lo que había acontecido en aquellos dramáticos momentos. Continué narrando:

“Cuando me disponía a salir con mi fusil a atacar el puesto de metralla enemigo. Arraez me detuvo, con firmeza:

—Mi Capitán. Sólo puede pasar uno de los dos, entre los escombros.

—Voy yo. Cúbreme. Y le di mi pistola.

Me tomó de nuevo por el brazo y me dijo con severidad:

—Voy yo, mi Capitán. Me arrastraré y le dispararé con la pistola. Usted

conoce bien de mi puntería con esta arma. Cúbrame desde aquí con el fusil; y cuando haya desarticulado la metralla cubra mi retirada.

Hablábamos escondidos entre los escombros de bombardeos anteriores a pocos centímetros uno de otro; pero teníamos que gritar para escucharnos pues el estruendo de la refriega había aumentado considerablemente, indicando un buen número de hombres y armas en combate.

—¡Te vas a acercar con la pistola! ¡Eso es demasiado arriesgado! —le reclamé.

—¿Arriesgado? hace un rato nos dábamos por muertos.

—No estoy seguro. Pensemos otra opción —dije dudoso entre el ruido de gritos, detonaciones y del incesante tableteo de fusiles y ametralladoras.

Arraez tomó en sus manos su placa de identificación militar y me la colgó en mi cuello.

—¿A quién se la doy Arraez?-le pregunté.

Me respondió, casi de buen humor:

—La placa es para la familia. Yo no tengo a nadie. ¡Usted es mi única familia! —Y partió corriendo con una sonrisa de triunfo, sin esperar mi aprobación de su osada táctica de combate.”

Mi narración era tan realista y conmovedora que los pacientes de las otras camas se fueron incorporando y acercándose uno a uno para mejor escucharme. Yo no percibí sus movimientos. Mi cuerpo estaba allí, contando esos acontecimientos, pero mi mente y mi alma estaban de nuevo en ese campo de batalla, rodeado de escombros, atormentado por el ruido del combate y saturado del olor a pólvora y sangre que todo lo inundaba.

“Con tiros aislados y alguna breve ráfaga de mi fusil; alternando entre varias posiciones, mantuve entretenida y algo confusa a la tropa adversaria. Mientras, el sargento Arraez se escabullía por entre los escombros con su agilidad de gato y lograba acercarse a pocos metros de la metralla enemiga, que impedía con su fuego incesante, el acceso de nuestros contingentes a este lado del río.

Arraez, ya posicionado, desenfundó e hizo varias secuencias de disparos. Levantó el puño y sonrió hacia mí, en señal de triunfo. La metralla que sometía a nuestros compañeros dejó de rugir. Arraez se dirigió rápidamente en dirección a nuestra improvisada trinchera. Apenas había dado unos diez pasos, surgieron de los escombros cuatro hombres armados de fusil y se abalanzaron en mi dirección.

Con agilidad felina y audacia suicida, Arraez corrió y saltó por sobre los

escombros y quedó interpuesto entre ellos y mi persona; expuesto a sus ataques. Le grité que escapara que se alejara, que yo aguantaría hasta la llegada de nuestros refuerzos, que ya tomaban posiciones en el puente. Ambos sabíamos que no me sería fácil lograrlo.

—¡Déjamelos a mi, maldición! —le insistí.

Se golpeó dos veces el pecho a la altura del corazón con el puño cerrado a modo de saludo y se atrincheró, con mi pistola en sus manos.”

Detuve mi historia entristecido con mi puño cerrado sobre mi corazón, repitiendo el gesto de Arraez; con los angustiados ojos de todos los presentes intensamente centrados en mi. Me senté de nuevo, y proseguí, ya sin entusiasmo:

“Lo último que recuerdo es verlo acuclillado, disparando, sin posibilidad de retirada; mientras yo trataba de defenderlo con las balas que me quedaban”

Un nudo apretó mi garganta.

—¡Yo debí morir allí, no él! —grité con rabia contra mí mismo.

—¡Yo debí morir allí! —repetí con voz enronquecida por el dolor y los sollozos ahogados.

Ella se acercó, con su blanquísimo traje, y puso su mano, sobre mi cabeza. Lloré en silencio un largo rato con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Cuando levanté la mirada, un tanto más sereno, descubrí que las lágrimas también rodaban por las mejillas de la buena mujer que me escuchaba.

Finalicé mi narración:

“Entonces, todo se transformó en un enorme estruendo, con ráfagas de luces y mucho calor”.

Me levanté de la cama, di cuatro o cinco pasos en círculo, miré a la enfermera y sentencié:

—Después la vi a usted, sonriendo...

La enfermera me explicó sin mediaciones que estuve cinco años en coma. Casi me desmayé con tal noticia. Estaba tan presente para mí todo lo que acababa de contar, que suponía que apenas habían pasado unos días o, como mucho, unas pocas semanas. Me trajo un vaso, del que tomé apenas un sorbo de agua.

Me quedé de pie, en silencio, unos largos minutos, con la mirada perdida, recibiendo la brisa que entraba por uno de los ventanales de la amplia habitación. Seguía muy triste y conmocionado, pero ya no podía llorar.

La enfermera me acompañó con su silencio todo ese tiempo, respetando

mi dolor. Luego se acercó a mí, me limpio con una toalla las huellas de tantas lágrimas, sobre mi rostro. Caí en cuenta que llevaba cinco años cuidándome. Me miró a los ojos directamente y me dijo:

—¡Casi murió allí!

Me tomó la mano con gran afecto, y me reafirmó:

—¡Es usted un héroe para mí y para este país!.

Sonreí. Salió de la habitación presurosa, como recordando sus tareas pendientes. Por primera vez, noté que los ocupantes de las otras camas se movían y hablaban entre sí.

Me quedó rebotando en la mente esa última frase de la enfermera “Es usted un héroe para mí y para este país.” Y con ella como bálsamo, fui aliviando un poco mi dolor por el amigo sacrificado. Ya era de noche. Me quedé dormido, extenuado por tantas emociones.

A la mañana siguiente, me desperté, apenas las primeras luces se anunciaban en el cielo, que podía ver a través de los ventanales. El interior de la habitación aún estaba en penumbras; así que no me atreví a levantarme de la cama.

Te nombré en voz alta, sin proponérmelo:

—Verónica.

Y el sonido de tu nombre despertó en mi mente una cascada de interrogantes. “¿Dónde estabas? ¿Qué había pasado contigo, durante todos estos años? ¿Cómo estabas? ¿cómo estaba Dalia? ¿Qué sabías de mí?”

Sentí un frío desconcertante en la espalda, cuando comprendí algo que me llenó de temor: ¡Me creías muerto! Temblé de pies a cabeza.

—¡Cuánto habrás sufrido! —dije, pensando en voz alta.

Las preguntas sin respuesta seguían dando vueltas en mi cabeza y atormentándome. “¿Que había pasado en tu vida? ¿Qué habías hecho después de conocer de mi “muerte”? ¿Qué ha pasado con Dalia?”

Todas esas dudas sin respuesta crecieron hasta que se transformaron en temores. Me sentí culpable, solo, frágil y vulnerable. Sin poder evitarlo, fui recogiendo mi cuerpo hasta hacerme un ovillo flaco y nervioso, sobre las blancas sábanas.

Mi esmerada cuidadora, que pasaba de nuevo chequeando sus carpetas, se acercó a mí, notando mi elevada angustia, y me dijo, mientras sostenía con firmeza mis huesudas manos entre las suyas:

—¡Yo te voy a ayudar! —suspiró profundamente y añadió:

—Tienes que tener calma. Estas saludable, pero muy débil aún.

Su tranquilidad, me devolvió un poco la mía. Así, con sus manos tomando las mías, pude apreciar mis brazos; que me parecieron excesivamente delgados. Me solté de sus manos y lentamente recorrí mi cuerpo, tocándolo con mis dedos. Mis hombros, luego mis manos, mi pecho y mis piernas.

Comprobé cuenta cuán delgado y flácido estaba. Parecía que en lugar de haber pasado cinco años, hubiesen pasado treinta o cuarenta. En ese momento, entendí todas esas referencias a mi debilidad. Me sentí viejo y decrepito. Ella me sonrió amable y comprensiva, Me dijo:

—No te preocupes, estás muy delgado por estar mucho tiempo en cama; pero te hemos cuidado bien. Lo seguiremos haciendo un tiempo más, para que te recuperes plenamente. Estás muy saludable, así que lo lograrás.

Pronto supe que estaba en un hospital militar asentado en la que fue la zona de guerra más intensa, donde viví los últimos momentos de combate que recordaba. Esto facilitó, que al mismo tiempo que me hacían evaluaciones médicas y terapias de recuperación física, me trataban eventuales crisis de angustia, e incluso ataques de pánico, que llegaban a agobiarme.

No ha sido fácil, tener que cargar en mi mente con los horrores de la guerra. Me despertaba con frecuencia, sobresaltado, por el frenar de un coche en el silencio de la noche, o confundiendo el tocar de una puerta vecina con el tableteo de una ametralladora. Todos mis sueños tenían olor a metal, sudor, sangre y pólvora.

Era común en mis madrugadas, despertarme fuertemente exaltado por el sentimiento de impotencia, al repetir en sueños la imposibilidad de rescatar a Arraez. Cuando esto ocurría, me quedaba desvelado, repitiéndome: “Fui yo quien debió morir allí”

Desde este mismo hospital, pude ir resolviendo con mis superiores mi correcta identificación; y por tanto la superación de mi “muerte” legal. A todos les pedí que mantuvieran mi aparición bajo la más absoluta discreción; pues no quería avivar traumas en mi familia, hasta que yo mismo estuviera en la capacidad de afrontarlos y resolverlos, junto a ellas.

Me trataron con mucha consideración y respeto. Valoraban mucho los esfuerzos y sacrificios que hicimos los soldados que estuvimos en el frente de batalla. Esta calurosa zona del país, es la que más había sufrido. Primero, por la invasión extranjera y sus abusos. Luego, por la cruenta guerra que fue necesario librar para recuperarla.

A poco más de un mes de mi despertar, me sentía físicamente fortalecido, aunque continuaba estando bastante delgado. Mi mente se había aclarado y

recordaba con nitidez suficiente todo lo acontecido en mi vida; salvo, por supuesto, los cinco años que estuve en coma. Sólo dos cosas me perturbaban.

Por un lado, la recurrente presencia de pesadillas de la guerra; que me hacían despertar agitado con frecuencia; especialmente si en ellas se revivían las escenas finales de la vida de mi gran amigo Arraez. Por otro lado, me abatía una enorme incertidumbre de tu paradero y de cómo encontrarte y acercarme a ti. Mi amor por ti estaba intacto.

Ni la guerra, ni la distancia, ni el sueño de cinco años han podido afectarlo. Me moría por verte de nuevo, por tenerte entre mis brazos. Pero tú me crees muerto hace mucho ¿Habrías dejado de amarme? ¿Habrías rehecho tu vida con otro hombre?

Tales pensamientos no dejaban de perturbarme en todo momento, al punto que parecían quemar mi alma. Me debatía permanentemente entre la necesidad de encontrarte y el temor de que tu vida hubiese seguido un camino separándote de mí.

Transcurrido un par de meses más, me llamaron a reunión en la Dirección del Hospital. Al llegar al despacho del Director, me recibió un comité de médicos y un grupo de oficiales de altos y medios rangos.

Los médicos hablaron primero. Me dieron detalle de mi situación clínica que era bastante favorable. Me tranquilizaron sobre mi delgadez, ante la que me instaron a no prestarle atención. Fueron muy insistentes en que mantuviera las terapias psicológicas, que yo tendía a rechazar, pues el síndrome post traumático de la guerra podría causarme aún más dificultades en el futuro.

Luego hablaron los militares. Me informaron que ya estaban resueltas todas las tramitaciones que establecían mi correcta identidad. Estaba legalmente vivo de nuevo. El Ejército había acordado darme un ascenso a Mayor por méritos en combate; y tenía la opción de darme de baja con honor. Esto me aportaría un salario de oficial activo y todos los beneficios del rango.

Acepté todo y firmé varios papeles. Me preguntaron si requería algo más y les hablé de mi familia. Acordaron conmigo, después de una larga consulta telefónica con un superior, que mantendrían el pago por sobreviviente a mi esposa y que me darían acceso a los datos de su ubicación para poder rastrearla y reencontrarme con ella. A cambio, me comprometí a poner todo en orden una vez hubiese restablecido los lazos con mi familia, con mis dos amores.

Una semana después se realizó el sencillo acto de ascenso a Mayor y baja con honor, en el cuartel de la pequeña ciudad. Me contemplé

detenidamente mientras culminaba de peinarme frente al espejo. Desde hace mucho tiempo no lo hacía; pero, hoy llevaba bastante rato mirándome mientras me afeitaba, me ajustaba el traje con las nuevas galeras de Mayor y me peinaba.

Estos años me habían envejecido bastante; tanto por los evidentes hilos de plata que lucía en mi cabello, como por algunas arrugas que empezaban a perfilarse en mi rostro, acentuadas por mi delgadez. Sin embargo, lo más envejecido era mi expresión. Era la de un persona que había transitado muchas cosas en la vida. Y la verdad era así. Me dije: “Bueno, ahora debes empezar un nuevo camino. Anímate”

Sólo asistieron al acto la tropa allí acantonada, el jefe médico del hospital militar y Eloísa, la cariñosa enfermera que cuidó de mí, durante cinco años. El acto la conmovió y las lágrimas surcaron sus mejillas con frecuencia.

Me hizo recordar con nostalgia a mi tía. Aquella endurecida mujer, siempre vestida de negro de pies a cabeza, que me crió con celo, aunque con mucha severidad. Ella, que supo su misión cumplida cuando pudo verme enfundado en uniforme de Subteniente, y, sólo en ese momento, dejó aflorar una inesperada ternura maternal.

Todos me trataban con cierta reverencia, lo que no dejaba de agradarme y enorgullecerme. Pero ya no era el muchacho que se engrería a ratos en su uniforme de cadete. No era el respeto formal a un rango o a un uniforme. Esta era la valoración que nacía del corazón de un grupo de personas que se habían curtido viviendo en carne propia la tragedia de una invasión y de años de guerra.

Cada uno de ellos, presencié bombardeos, explosiones de minas y fuegos de pistolas, fusiles y metrallos. Cada uno de ellos, vio su casa o las vecinas fracturadas, derruidas o invadidas. Todos sintieron el suelo crujir y sus propios huesos temblar al paso de tanques de guerra. Cada uno de ellos, participó, como actor o como testigo de primera línea, en enfrentamientos entre tropas, asaltos y retiradas.

Todos ellos pasaron años rodeados de un omnipresente olor a metal oxidado, sangre y pólvora; en el que reconocían a sus familiares y amigos caídos en las distintas vicisitudes de la conflagración. Cada uno de estas personas había vivido esta guerra más de lo que yo mismo lo había hecho. Era un respeto de compañeros de lucha y de tragedia. Por eso, tal respeto era recíproco. La vida me había enseñado duras lecciones de humildad.

Ese día dormí en el cuartel. Fue la primera vez que pernocté fuera del

hospital después de más de cinco años. Me asignaron una cama, en un cuarto con tres oficiales más. Uno de ellos curtido en la guerra; los otros dos muy jóvenes.

Los muchachos, poco discretamente, inquirieron sobre los momentos de la guerra, las batallas en que participé. Sus dudas se basaban, sobre todo, en aspectos tácticos y logísticos de esos combates. Les respondí todos los tecnicismos que les interesaban; haciendo mi mejor esfuerzo por darles información que fuera útil para mantenerse con vida.

—Nadie sabe cuándo pudiera ocurrir otra guerra —les insistía.

Al cabo de un rato, el oficial de mayor rango los llamó a dormir y disciplinadamente acataron. Eran las 9 y sabía que no me sería fácil conciliar el sueño; sin embargo, yo también cumplí la instrucción. Pasé casi toda la noche despierto, pero bastante sereno, con mi mente vagando errante entre recuerdos de la vida ya vivida e imaginaciones de la nueva vida que habría de buscar.

Al día siguiente, salí del cuartel con un pequeño morral con muy poca ropa, con mi medalla y la de Arraez guardadas con celo en su interior. También portaba un arma automática, otorgada por el Ejército en mi condición de Oficial Retirado.

Ya todos los aspectos legales de mi vida estaban en orden; sin embargo, no estaba seguro acerca de qué hacer ni dónde ir. Deambulé un par de horas por la calurosa ciudad costera. Al comienzo, me costó recordar, o más bien reconocer sus calles. Esas calles que yo había transitado en medio de la destrucción y el fragor de la batalla.

Poco a poco, fui reconociendo en estas calles el teatro de operaciones de meses de duro combate. En aquellos momentos, era una ciudad desolada y derruida. Ahora, la vida había retomado en buena medida la normalidad. Sin embargo, en cada edificio se podía hallar alguna cicatriz de la guerra.

Abundaban paredes con columnas apuntaladas, frisos remendados, y aun persistían, mal disimulados, abundantes agujeros de proyectiles. Habían refaccionado calles, casas y edificios, pero ninguno parecía ser una nueva construcción. Todos, como las personas que allí habitaban, mostraban en su semblante la huella de aquellos tormentosos días.

Aunque había desayunado de manera abundante con los oficiales del cuartel muy temprano, me detuve en un modesto local a tomarme un café. El precio me pareció escandaloso. Estuve a punto de quejarme pero pronto me di cuenta que gente muy sencilla lo cancelaba sin inmutarse.

Detallé el listado de precios de comidas y bebidas expuestos en una pizarra en la pared, constatando que toda la lista de precios era similar. En ese instante, comprendí, simultáneamente, que los precios habían cambiado mucho en estos cinco años de mi ausencia; y que la paga que me daba el Ejército como oficial retirado, aunque no dejaba de ser suficiente, no era tan fabulosa como me pareció al firmar los recaudos. Me reí de mi inocencia.

Compré un pasaje de autobús hacia los valles y colinas en que había nacido y me había criado. Esperé varias horas en la estación hasta el momento pautado para la salida del transporte. Lo abordé junto a un rebullicio de pasajeros.

Entre los trompicones de los otros pasajeros, terminé acomodándome con mi morral en las piernas, en un asiento junto a una ventana. Contemplé las últimas luces del día mientras el autobús tomaba su camino. Al cabo de poco rato, arrullado por el ruido del motor y con la brisa sacudiendo mi cara, me quedé dormido.

Dormí casi todo el camino. Desperté cuando el sol ya brillaba sobre la copa de los árboles. Contemplé con serenidad el pequeño valle por el que transitaba el autobús, a través de una carretera que luego serpenteaba ladera arriba hacia montañas más altas, que lucían azules a la distancia. La brisa era bastante fresca y el olor de la verde y frondosa vegetación me reconfortó. Me sentí llegando a casa.

Llegué a mi ciudad, un par de horas más tarde. Evité el vecindario donde me crié, las áreas en las que trabajé y el área residencial donde estaba aquella casa, en la cual viví tan dulces años con Verónica y Dalia. No podía correr el riesgo de ser reconocido, debía ser muy precavido. Pasar desapercibido no sería tarea demasiado difícil.

Este delgado hombre de cabello descuidado y barba naciente, no se asemeja mucho al joven enérgico, estudioso y aficionado al fútbol; tampoco al orgulloso cadete de la Academia Militar; y menos aún, al recio e impecable oficial del Ejército; que recorrieron cotidianamente aquellas calles en otros tiempos.

Me alojé en un pequeño y sencillo hotel ubicado en una carretera que sale hacia las montañas. Por sus calles urbanas, plagadas de trabajadores a pie o en transportes públicos abarrotados, también transitan pequeños camiones con hortalizas, ovejas, cerdos o algún par de vacas. Incluso se llega a ver dos o tres hombres a caballo, regresando de faenas de campo. Realmente, era un buen sitio para mí, en las circunstancias actuales.

Llegado a este punto, de nuevo la incertidumbre me consumía. Pasé varios días tumbado en la estrecha cama de la pequeña habitación del hotel. Únicamente salía al mediodía a comer, con poco apetito, alguna sopa en los tarantines a que acudían los campesinos que bajaban a la ciudad a vender sus productos.

Ocasionalmente cuando ya estaba anocheciendo salía a caminar unas pocas cuadras alrededor, sin rumbo fijo; abstraído en mis pensamientos, que parecían dar círculos infinitos en mi mente. Me sentía con muy poca energía para actuar. Incluso con poca energía para tomar cualquier decisión.

En ocasiones me ganaba la melancolía; la nostalgia de tu sonrisa, tus abrazos y tus besos, de las manitos de Dalia, llenando mi cara de caramelos. En otras me ganaba la desesperanza. Entonces, siento que no me su amor merezco, y que ustedes no se merecen al hombre amargado que ahora soy.

Sentía un enorme y pesado desánimo. Algunas veces, atormentado con las imágenes de tantos combates y con el sacrificio de Arraez. Algunas otras, debatiéndome en dudas sobre lo que me depararía el continuar con tu búsqueda.

Buscarte ahora no contaba con la frescura de aquellos años juveniles. En aquellos tiempos, que me lucían tan lejanos, me espoleaba la incertidumbre de saber si realmente te interesaba, si te gustaba, si corresponderías a mis sentimientos. En un instante, me desvivía emocionado con alguna picaresca sonrisa tuya; al siguiente, me sentía perdido frente a algún desplante; pero todo lo vivía con una gran emoción.

Con la emoción que siente un joven criado en la soledad cuando se va enamorando de una bella flor como tú. Ahora me flagela la culpa de haberte abandonado. Te fallé dejándote sola, incumpliendo mis promesas. Me perturba, además la persistencia de estos episodios de rabia y violencia que difícilmente puedo dominar.

Un día me devolvía al anochecer de una de mis caminatas por las angostas calles cercanas al hotel, con las manos en la chaqueta. Siempre acariciando, en medio de mis dudas, la carta de referencia dirigida al Archivo Militar, que me dieron aquellos oficiales, al darme la baja.

Me detuve a las puertas de un bar algo destartado. Me pareció discreto y entré abriendo la puerta y apartando una vieja cortina hecha de cuerdas forradas de plásticos. Era un sitio penumbroso con una pequeña barra y cinco a seis mesas de madera rústica con varias sillas cada una.

Un par de mesas estaban ocupadas por algunos hombres, Me senté en una

mesa vacía. Una vieja sinfonola esparcía su estruendo musical por el pequeño local. Grité, pidiendo una cerveza. Los hombres de la mesa más cercana se rieron burlones. Una mujer se acercó rápidamente, desde la barra. Se detuvo frente a mí. Adoptando una pose teatralmente sensual, me dijo:

—Mi rey, no tenemos cerveza. Para ti, tenemos ron y aguardiente claro. ¿Qué prefieres?

—Dame aguardiente —dije secamente.

—¿Un trago o ...una botella? —preguntó con una exagerada sonrisa.

Dudé, pues nunca había sido bebedor. Observé su traje de colores excesivamente llamativos, más ajustado de la cuenta, y sus zapatos con altísimos tacones. No era una mujer fea pero su tez delataba el maltrato de mil y un trasnocheos.

—¿La botella, entonces...? —insistió.

Asentí con la cabeza. Me dije: “Al fin y al cabo no tengo mucho que hacer”.

Bebí serenamente, trago a trago, mientras seguía sumergido en mis cavilaciones sin fin. Después de largo rato, caí en cuenta que estaba embriagado y me pareció algo divertido. Eso no me ocurría desde cadete. La mujer que me atendió habló con dos chicas más jóvenes y de inmediato ellas vinieron a mi mesa. Aquella era la jefa, no cabía duda.

Ambas chicas me abordaron con el mismo tipo de sensualidad y amabilidad exageradas que me había mostrado la primera mujer. Me servían los tragos en el pequeño vaso de vidrio y me los daban en la boca. Se servían ellas y fingían beber. Por los efectos de tanto licor, todo aquello me divertía.

Una de ellas, tomó un buen trago de aguardiente y lo mantuvo en su boca para verterlo en la mía en una especie de beso lascivo. Me causó tanta gracia que estallé en carcajadas y bañé a la chica y parte de la mesa con la bebida que salió expulsada a chorros de mi boca. Todos en el bar rieron a carcajadas. Viéndolos reír, yo reía aún más. Hacía mucho tiempo que no reía.

Una de las chicas, se sentó a mi lado de nuevo y montó su pierna casi desnuda sobre mi muslo mientras acariciaba mi pecho con su mano por dentro de mi camisa. Tal provocación, causaba en mí otra oleada de carcajadas.

La jefa hizo una seña a la chica, que volvía de limpiarse el aguardiente derramado, y ella rápidamente se colocó en una silla a mi otro lado mostrando buena parte de sus senos. Hablándome al oído me proponía sus servicios sexuales en un lenguaje obsceno que contrastaba con su tono exageradamente sensual.

Su mano se empezó a deslizar por mis piernas y luego entró en los bolsillos de mis pantalones, mientras yo seguía absolutamente embriagado de alcohol y risas. Todo me parecían divertidas travesuras. La chica pasó de los bolsillos de mis pantalones a mi chaqueta y tanteó la carta de referencia que allí llevaba... mi única conexión contigo.

Salté de la silla de madera de un tirón lanzando al piso a ambas chicas. En el mismo movimiento desenfundé y liberé el seguro de mi arma, que había estado oculta discretamente bajo la bota de mi pantalón. Mi mente se había despejado y quedé exaltado y listo para disparar a cualquier cosa que sintiera amenazadora.

Las dos chicas se abrazaron asustadas, sin levantarse del piso. Todos los asistentes quedaron paralizados. La matrona levantó suavemente sus brazos mostrando sus manos vacías. Se dirigió a la sinfonola y la desenchufó en un movimiento rápido, sin ninguna brusquedad. Me sonrió y se acercó muy lentamente, mientras yo blandía mi arma apuntando alternativamente a todas las personas del bar. Me habló serenamente, aún con las manos en alto:

—Disculpe a las chicas si han sido un poco atrevidas. Son jóvenes y no saben tratar a un caballero elegante y refinado, como usted.

Sus palabras se deslizaban suavemente y su cuerpo se movía sensualmente, como una gata en celo. Se sentó en una silla cercana, tomando la botella casi vacía de mi mesa y me dijo:

—Ya has bebido bastante, creo que es hora de que vayas a descansar.

Sonrió gentilmente y aclaró:

—Puedes volver cuando quieras. Aquí siempre te trataremos bien, mi rey.

Me senté con el arma aún en las manos. Las chicas se movieron con intenciones de levantarse y la matrona las detuvo con un gesto de su mano.

—Guarda eso, mi rey. Asustas a las muchachas. Ellas sólo se sienten atraídas por un tipo recio y apuesto, como tú.

Las miré en el piso. Hice un minucioso recorrido visual de todo el local. Aseguré y guardé el arma.

Ella les hizo una seña y se sentaron temblorosas en una mesa, al lado de la nuestra, sin mirarme.

—Antes que te vayas te voy a dar un regalo de cortesía —siguió hablando en su tono meloso. Pidió a otra chica algo con la mano y me trajeron otra botella de aguardiente. Me la dio en la mano y me dijo:

—Llévatela. Es hora de descansar.

Me acompañó a la puerta con sus suaves movimientos, pero sin tocarme

ni acercarse a mí. Al alejarme la vi enviarme un beso con la punta de los dedos de su mano.

—Hasta pronto, mi rey. —me dijo.

Mientras me alejaba, con mi botella sin destapar en las manos, escuché el ruido de llaves y pasadores que aseguraban las puertas del bar desde adentro.

Lo ocurrido aquella noche, en ese bar, me hizo entender que no podía seguir atascado en mis dudas.

En esta ciudad, lejos de la zona fronteriza del país que vivió la guerra, el respeto por los excombatientes ya se ha diluido con el tiempo. Cuando, por fin, me animé a rastrear tu paradero en los registros militares, no conseguí mucha colaboración y menos aún consideraciones.

Me desgasté en esperas, en varias oficinas, hasta que me atendió un Coronel de Inteligencia, que me interrogó en tres o cuatro oportunidades. Cada vez, inquiriendo repetitivamente, sobre mi vida antes de la guerra, las vicisitudes en el campo de batalla, mi familia, mis planes y muchas cosas más. Su abierta desconfianza me retó a insistir.

Al final, accedió a darme una copia “no certificada”, de lo que consiguiera en archivos; aclarándome que probablemente no obtendría nada de mi búsqueda.

Logrado el visto bueno del Coronel, me dirigí a unas amplias habitaciones, con hileras de estanterías repletas de cajas y papeles. Para revisar estos archivos que parecen infinitos, fui atendido por un viejo y enorme sargento.

Pasé un día completo revisando papeles sin conseguir ninguna información útil. El corpulento sargento, que había seguido discretamente todas mis gestiones, me dijo, en tono grave:

—Ya no hay respeto por los combatientes, mi Mayor-.

—A veces parece que la guerra no hubiese existido —le respondí sonriendo con amargura.

Me tomó del brazo y me llevó, casi en vilo, por el pasillo. Me hizo entrar en una muy modesta oficina. Me sentó en una silla frente a un pequeño escritorio y me sirvió un café, con muy poca azúcar, que agradecí de corazón.

—Yo llevo dos guerras encima y estos mequetrefes, que nunca han oído soplarles cerca una bala, quieren que les rinda pleitesía.

Apenas entonces noté que su caminar es irregular, pues perdió una pierna que era sustituida por una prótesis de madera nada moderna, calzada en un zapato. También perdió casi toda su mano izquierda. Me enseñó sus lesiones,

en tono bromista:

—Fue una granada de mis propios compañeros. Se enganchó por accidente en una rama cercana. Mató a dos. Yo solamente perdí esto. Es muy fácil juzgarse y auto castigarse. Hay que vivir ese infierno, para tener derecho a opinar. Por sólo sobrevivir a una guerra, a cada hombre debería dársele una medalla.

Me enseñó un grupo de hojas con la información de mi familia que él ya había ubicado, copiado y ocultado desde la primera vez que formalicé mi solicitud. Dobló las copias cuidadosamente y las metió en el bolsillo de mi pantalón.

—Dígales que no consiguió nada. Si no, no lo dejarán en paz.

Me dio una muy fuerte palmada en la espalda y dijo, hablando para sí mismo:

—No es fácil recoger los pedazos de vida que quedan de uno después de una guerra...

Lo abracé como si fuera mi hermano mayor o quizás hasta el padre que no recordaba. Me levantó con sus descomunales brazos en el aire me separó de él, y me dijo:,

—Váyase, mi Mayor-

Me hizo un inobjetable saludo militar y se retiró con prontitud.

Quedé solo un rato, en esa oficina. con los papeles en el bolsillo, media taza de café enfriándose en mis manos y todas sus palabras dando vueltas en mi mente, mezcladas con todos mis recuerdos.

Por primera vez, tenía un dato de ti que no proviniera de mis propios recuerdos. Te habías mudado a una pequeña ciudad cercana en lo alto de las montañas.

Al día siguiente, partí en tu búsqueda. Abordé un autobús muy temprano en la mañana. Aunque era bastante cerca, el viaje duró varias horas por lo estrecho y empinado de la vía; y porque, en numerosas ocasiones el autobús se detuvo a dejar pasajeros en algún recodo de aquellos parajes.

Con frecuencia, el pequeño bus debió retroceder para tomar adecuadamente una curva, o cruzar algún estrechísimo puente, bajo el cual salpicaba siempre un cristalino flujo de agua. El clima era bastante frío y el paisaje pintoresco, laderas escarpadas con pequeñas casas hechas de piedras apiladas.

También había muchos muros de piedra, rodeando áreas de cultivo de hortalizas o pasturas con unas pocas ovejas muy lanudas. Cada tanto tiempo,

se veían, en el empinado paisaje, tres o cuatro mulas y burros cargados, arreados por un pequeño grupo de campesinos abrigados y con sombreros, cuyas alas torcían hacia abajo para protegerse de la fría brisa.

El bus entró, por fin, a su destino. A primera vista, me sorprendió que existiera una ciudad de rasgos tan modernos entre estas montañas de campesinos poco expresivos y primitivas casas de piedra. Todos los pasajeros que quedábamos nos bajamos del vehículo, en una concurrida avenida central de la pequeña ciudad.

De inmediato, me dediqué a buscar un hotel. Conseguí uno modesto, en una de las calles céntricas. Había en él, muchas personas con atuendos y modos muy citadinos que estaban de paseo, en pareja o en grupos familiares.

También había algunos grupos de extranjeros, en coloridos trajes tropicales que lucían poco adecuados a estas montañas y este clima. Me pareció muy conveniente alojarme aquí, pues, con tanta variedad, no llamaría yo la atención.

Disimulado en mi entorno de turistas, compré ropa adecuada a este clima, incluyendo un par de sombreros y unos pasamontañas, que eran, convenientemente para mí, de uso frecuente. Adquirí también algunos mapas con la vialidad y sitios importantes de la ciudad. Necesitaba conocer un poco, antes de aventurarme por sus calles.

Luego de cinco o seis días de preparación, fui a tratar de ubicarte cerca del pequeño edificio de oficinas en que ya sabía que laborabas. Me aposté en dos o tres ocasiones, a unos ciento cincuenta metros del edificio en cuestión, sin lograr identificarte entre la gente que entraba y salía del inmueble.

Cuando al fin te vi, a la distancia, cruzabas la calle en dirección a tu trabajo. Mi corazón saltó, dando un vuelco dentro de mi pecho, cuando te reconocí. Estuve a punto de correr como loco a tus brazos, gritando tu nombre. Darte tan brusca sorpresa hubiera sido un desastre. Aunque me costó mucho, y mi corazón pasó un buen rato latiendo desbocado, logré contenerme.

Tu cabello castaño era acariciado por el viento. Reflejaba un muy delgado mechón plateado que parecía de estilista. Yo, que te conocía tan bien, sabía, desde esa distancia y a pesar de años sin verte, que eran tus primeras canas que lucías con altivez. Se te veía bien, enérgica; aunque a esa distancia no pude apreciar tus expresiones.

Cuando montaste en tu coche y partiste, me quedé un rato en mi lejano puesto de vigilancia, simulando leer un libro, mientras lloraba en silencio, con mi corazón cruzado por sentimientos de felicidad por tu bienestar y una

amarga nostalgia.

Habiéndote visto, debía ahora ubicar a Dalia, nuestra bebé. Escogí una calle transitada en las cercanías de su colegio, para no levantar sospechas. No la veía desde hacía mucho. Debía haber crecido bastante. Ya era una adolescente. Tenía muchas dudas que pudiera ubicarla a la distancia entre la muchachada uniformada... ¡Pero si pude!

Su cabello negrísimo, como había sido el mío, no podía ocultar la misma gestualidad nada escandalosa pero decididamente expresiva, de su madre. A lo lejos, la vi sonreír y debí voltear mi rostro, para que los transeúntes no vieran mis ojos inundados en lágrimas a punto de desbordarse. Había crecido mucho. Se veía feliz y eso me tranquilizaba en medio de mi tristeza.

No tenía idea de cómo me podría acercar a ustedes, de cómo abordarte. Aunque soñaba con mirarte de nuevo a los ojos; solamente pensar en ese momento me hacía temblar de incertidumbre.

Decidí mudarme a esta ciudad, que me era hasta hace pocos días desconocida. Aunque ansiaba verlas a cada instante, resolví que lo haría una o dos veces a la semana, a cada una por separado preferiblemente, y en momentos y horarios siempre cambiantes. Si hiciese un seguimiento muy rutinario o muy intenso, podría asustarlas o hasta despertar suspicacias en vecinos o policías de una población tan reducida.

Supe desde el comienzo que debía buscar un trabajo y mantener una vida ocupada y de apariencia ordinaria. Esta ciudad era muy pequeña y cualquier cosa podía llamar la atención. Conseguí trabajo, en un bullicioso restaurante, limpiando la cocina. Me pagaban bastante mal, pero el dinero no me hacía falta, sólo la ocupación; y allí me daban bastante.

Trabajaba desde muy temprano, hasta media tarde, lo que me daba tiempo para programar y ejecutar discretamente mi amorosa vigilancia. Además tenía derecho a dos comidas al día, así que me exponía poco, deambulando innecesariamente por las calles.

Alquilé una habitación, en una residencia de trabajadores eventuales y viajeros humildes, en un barrio nada elegante a pocos minutos del restaurante. Mi habitación era simple, un baño muy pequeño, con lo básico; y un área un poco mayor con una cama, un escaparate pequeño, una mesa y dos sillas. Una de ellas, siempre permaneció volteada sobre la mesa. Una pequeña ventana enrejada me permitía ver la luz del día, el cielo nublado y los picos de las montañas; y recibir la fría brisa.

Sin mucha dificultad y pasado tiempo suficiente, aprendí toda tu rutina,

pues era lo único a lo que ponía verdadero empeño. Cuándo salían de casa. A dónde iban. Cuando llegarían. Dónde compraban pan o víveres. Esta investigación, que grababa en mi mente, ocupaba mis días y me hacía sentir bien.

Me hacía sentir cercano a ustedes. Mitigaba un tanto ese sentimiento de culpa, que con frecuencia ahogaba mi respiración durante las noches. Esto hacía de mi vida algo importante, aunque del resto apenas quedaba un ex soldado, abrumado por la angustia; que ahora era un limpiador de pisos de un humilde restaurante de viajeros y campesinos.

Ya no logro sentirme un orgulloso excombatiente, como me hicieron sentir al despertar en el hospital militar. En estas montañas no habían ocurrido combates, y la vida de todos parecía haber vuelto rápidamente a la normalidad, con el cese al fuego.

No se escucha nada en la radio, ni se comenta nada en los periódicos. Imagino que en el cine y la televisión tampoco quedan signos de lo que vivimos los combatientes y las poblaciones sometidas directamente a tan devastadora confrontación.

Desde aquí, parece que el país nunca hubiera necesitado de los hombres que murieron allí y de los que casi morimos y llevamos esa terrible experiencia a costas. La guerra había sido olvidada demasiado pronto; y con ella, los hombres que la vivimos en todo su rigor. Desde aquí, parece que toda lo ocurrido se resume a la paga mensual que recibo del Ejército.

Aunque la vista de mis dos amores me daba cierta tranquilidad, aún no desaparecían las pesadillas nocturnas en las que me levantaba agitado y sudoroso. En ocasiones me descubría a mí mismo en frenética exaltación, tomando mi arma y atrincherándome bajo la mesa o en cualquier esquina, de la pequeña habitación.

Estaba entrenado para usar distintos tipos de armas adecuadamente, y en el frente de batalla, demostré que sabía hacerlo con efectividad, proporcionalidad y responsabilidad. A pesar de ello, estas persistentes angustias nocturnas me hicieron preferir alejarme de ellas. Decidí dejar de portar mi pistola cotidianamente y guardarla, junto con las municiones, en una gaveta bajo llave.

Ya no volví a beber, pero más de una vez me debatí en un ataque de furia, bufando y maldiciendo mi suerte. Apenas podía calmarme cuando el cansancio me vencía luego de un largo rato; o cuando me tropezaba, en mi rabiar y lanzar de objetos, con la medalla de honor de Arraez. Entonces, mi rabia se trocaba

en vergüenza.

Desde entonces, hablo con esa medalla. No abrigo ninguna creencia mística o religiosa al respecto. Lo hago porque es el único rasgo de amistad que me permito tener en mi soledad. A la medalla de Arraez, le cuento de ustedes, de cómo las miro de lejos, disimulado entre la gente, de lo que percibo de sus vidas a la distancia. Le hablo de cuanta falta me hacen, de mi amor, de mi culpa y de mi dolor.

En medio de la guerra, Arraez, fue la única persona con la que hablé de ustedes, Le conté como nos conocimos y reímos muchas veces de mis tonterías; que él no terminaba de creer ciertas. “Mi Capitán. Un hombre tan recio como usted, con esas tonterías de crío. No lo puede creer”, me decía siempre al final de alguna anécdota. Le confesé, una y mil veces, cuánto las amaba y cuánto las extrañaba.

Él me contaba de su familia que había muerto cuando era un adolescente. Quedó solo en el mundo. Cuando intentaron internarlo en un hospicio, se rebeló y dijo:

—Ya soy un hombre; no estoy de orfanatos. Quiero entrar al Ejército.
No sé cómo, pero lo logré.

Hablaba mucho de su novia, Jacinta; quien falleció inocentemente en un bombardeo enemigo en la costa, a comienzos de la guerra.

Le hablo a esa medalla, porque es la única manera que consigo de hablarle al amigo, al hombre que me salvó la vida, entregando la suya. Es difícil, después de lograr tener un amigo así, poder pensar que cualquier otra persona puede llegar a ser un amigo.

Hoy le cuento que mi amor sigue intacto, pero que no puedo acercarme a ti; pues temo destruir tu tranquilidad y tu felicidad presentando ante ti, este ser angustiado, descontrolado y hasta violento que soy hoy.

Ya tenía varios meses de visitas a distancia, cuando te vi la primera vez con él. Me pareció joven, no muy fuerte y de buena presencia. De gestos amables y educados. Algo así, como un joven profesor. Estaba obviamente interesado en ti y tú le correspondías en interés.

Me alejé celoso. Esa noche no pude dormir. Pasé la noche, tumbado en la cama con ropa de calle y sin arroparme, consumiéndome en los celos, a la vez triste y furioso.

Al asomar las primeras luces de la mañana, entumecido de frío y trasnocho, me levanté corriendo porque llegaría tarde a mi trabajo. Me recibieron en el restaurante con un sonoro:

—Apúrate, Gustavo —gruñido, por el Jefe de Cocina.

Había tenido la previsión de tomar el nombre y la identidad de Arraez para poder ocultarme de la vista de todos. Aún conservaba los papeles de identidad que el Ejército me proveyó, con el nombre de mi estimado amigo, mientras yo estaba inconsciente. Cada vez que alguien se refería a mí con esa identidad prestada, me decía en silencio “Un favor más que te debo, amigo”

Mientras fregaba cien veces los pisos entendí, con dolor, que tenía que aceptarlo y dejarte vivir tu vida sin inmiscuirme.

Para ti y para Dalia, yo estaba muerto hace años. Para ti, yo no debía volver a existir. Mi presencia solamente les causaría perturbación y dolor... y ya habían pasado por bastante de eso.

Te había fallado. Las había abandonado. No me merecía nada más. Pero tú lo mereces todo. Si, para ser feliz, necesitabas la compañía de otro hombre en tu vida, yo tenía que aceptarlo. Ustedes no merecen que yo resquebraje su felicidad. Te lo debo. No sólo por lo que has sufrido por mi ausencia y mi muerte; también por todo lo bello que le has dado a mi vida, desde aquella primera sonrisa.

El amor verdadero exige sacrificios. En esta etapa de mi vida, me exigía mantenerme alejado. Sería un secreto ángel de la guarda que desde la discreción las observaría vivir y ser felices.

No fue nada fácil tomar esta necesaria decisión. Más difícil aún, sería obligarme a cumplirla. Al conseguírte, al admirar de nuevo tu femenino y resuelto caminar, al contemplar tu cabello batirse al son de la brisa, me había conectado de nuevo con las cosas más hermosas de mi vida. Al deleitarme con el ánimo, ya casi juvenil, de Dalia, me sentía con toda una vida por delante. Mi vida había conocido de nuevo la alegría.

Todas esas perspectivas positivas, que me mantenían entusiasmado y de buen ánimo tras mi falsa identidad, derivan, por supuesto, de mi gran amor por ustedes dos. Todas ellas nacen de aquel enamoramiento de adolescentes que fue velozmente creciendo y fortaleciéndose hasta convertirse en este amor total e incondicional.

Por más secretos y misterios que forjara para verlas; siempre conté con la certeza de que en algún apropiado momento podría mostrarme frente a ustedes y volver a sonreírles y abrazarlas. Desde que te vi de nuevo, Verónica, siempre estuve convencido de que volverías a estar en mis brazos. Incluso fantaseé que nuestro reencuentro como pareja sería la perfecta mezcla de timidez y pasión; tal cual fue nuestra primera noche de amor.

Ahora, que estaba consciente que nunca podría volver a tu lado, constaté con amargura que mi vida no tenía ningún plan, no tenía mañana, no tiene futuro.

Nada corroe más a un hombre que no tener nada que hacer con su vida; no tener nada para el futuro. El presente se hace insostenible. Este sacrificio de amor, sería más duro de lo que había imaginado.

Aún con mi espíritu ensombrecido por no poder tenerlas cerca nunca más, mi distante vigilancia continuó.

Dalia seguía creciendo. Transita esa difícil etapa en que ya no es una niña, pero aún no es una mujer.

Un domingo quedé muy inquieto, cuando me percaté que habías dejado a Dalia sola en un cine, con otras tres niñas. Pensé: “¿Estás loca? ¿Cómo pudiste olvidarla y dejarla allí?” Trataba de ingeniar una manera de avisarte que la habías dejado, cuando vi que regresabas con un libro en tus manos y te sentabas en una banca de la plaza a unos cien metros de la entrada al cine. Entendí que todo lo tenías bajo control.

Me senté de nuevo en mi puesto de vigilancia en la misma plaza. En mi mente, rondaba la duda: “¿No es demasiado joven aún? ¿No se hará poco responsable, si le das tanta confianza siendo aún tan niña?”. Rompí mis cavilaciones, por qué sentí una mirada persistente que se posaba sobre mí.

Instintivamente me disponía a dirigir mi vista hacia donde sentí tal mirada, pero noté que era la dirección en la que tú estabas “¿Eras acaso tú que me mirabas?” me pregunté con temor. No podría mirarte a los ojos, ni aún a esa distancia, sin conmocionarme.

Para escaparme, lo único que se me ocurrió fue hacer un desagradable gesto lanzando un escupitajo, y a continuación dar la espalda a la mirada inquisidora, cubriéndome con el ejemplar de periódico que simulaba leer.

Un par de horas después se fueron en tu coche, junto a las tres niñas, riendo y bromeando. La habían pasado bien; y tu habías estado cerca y atenta. Como tantas otras veces en el pasado, tenía que terminar reconociendo que tenías la razón. Volvía, con una sonrisa, a confiar en tu criterio.

Me quedé un buen rato más en mi banco de la plaza, Anochecía. Aproveché la luz de un farol para leer, ahora realmente, el periódico que llevaba en mis manos. Al levantarme, para irme a dormir me reí en mi soledad, imaginando la expresión de repugnancia que habrías puesto ante el desagradable gesto que ideé para librarme del apuro de toparme con tu mirada.

Me agrada cuando van al amplio parque de las afueras de la ciudad, algunos sábados o domingos por la tarde. Allí se encuentran con algunas chicas y sus madres o padres. Es un sitio concurrido, pero relajante. Personas de todas las edades se acercan allí para variadas actividades.

Eso me permite estar un buen rato en la grama sentado, otro en una banca lejana o dando un corto paseo por alguna caminería, mientras discretamente las veo divertirse. Tú lees concentrada algún libro, o departes con las madres de las otras chicas. Se ven bromas y risas y muy pocas veces algún gesto de molestia o tensión.

Dalia, por su parte, lo pasa de lo mejor. A ratos corretea por el engramado jugando como la niña que aún es. En otros momentos, se sienta con las otras chicas a conversar, con ademanes de seriedad y coquetería, que muestran la mujer que pronto será. Durante estos paseos en el parque, me siento más cercano a ustedes. Estos son, sin duda, mis mejores momentos.

En algunas ocasiones, mi solaz era estropeado, pues aparecía en escena el “joven profesor”. Nunca llegaba con niños; así que desde el comienzo concluí que no tenía hijos. Siempre se colocaba a una distancia prudencial y se sentaba mirando el reloj, como si estuviera esperando a alguna persona y, pasados unos minutos, fingía que acababa de descubrir tu presencia y se acercaba saludando con la mano en alto.

Las señoras se reían, en amable burla de su repetitivo truco y te hacían gestos, que parecían incomodarte un poco. Ya cuando él estaba a menor distancia comenzaba a hablar con el grupo. Entonces, era yo quien se sentía incómodo. Por tanto, me retiraba.

Lo he seguido llamando “joven profesor”; aunque ya me había tomado el tiempo de averiguar su nombre; que no era tan joven como lucía; el lugar dónde vivía y hasta sabía que era editor de una revista de la localidad. Bueno, realmente nunca he sabido muy bien que hace un editor, pero era un trabajo respetable. Aunque sienta que me queman los celos cada vez que lo pienso, no puedo negar que parece un buen hombre.

Tal como supuse, la presencia del “joven profesor” se estaba haciendo más frecuente, a tu alrededor; por lo cual, acompañarte a la distancia se hizo un trabajo un poco pesado. Aunque hubiera racionalmente decidido mantener distancia para siempre entre nuestras vidas, no era fácil que mi corazón aceptara esta situación.

No puedo evitar sentirme ansioso e incómodo, mientras presto atención a tus reacciones frente a las galanterías de tu pretendiente. Una tarde llegabas,

junto a Dalia en tu coche. Él estaba esperándote y se acercó a ti, como siempre fingiendo mal que todo era casual. Me dije “A esta hora no te va a atender porque ella saldrá a comprar pan. ¡Perdiste!”. Pero el “joven profesor” venía preparado.

Esperó junto a ti, que Dalia entrara a la casa y te acompañó caminando a la panadería. Creo que él también estaba aprendiendo tu rutina. Eso me incomodó. Pero lo que realmente me molestó fue verlo tomar tu brazo, a unos pasos de la entrada de la panadería, intercambiaron unas palabras y te convenció de no entrar.

Siguieron caminando por una estrecha calle, por la que no podía seguirlos sin levantar alguna sospecha. Así que quedé, sin saber qué hacer, con los puños crispados enterrados en los bolsillos de mi chaqueta, en la acera de enfrente de la panadería mirando la puerta que te convenció no traspasar.

Unos veinte minutos más tarde, aparecieron conversando sonrientes. Cada uno con una bolsa de pan en las manos. Me exalté en silencio, mientras me introducía en una farmacia, para evitar ser notado por ustedes, que se acercaban por la acera opuesta. Cuando aprecié que ya se encaminaban hacia tu casa, me fui apresurado, destruyendo entre mis dedos una aspirina que compré sin necesitar.

Un rato más tarde, aún furioso, llegué apresurado a mi habitación; contándole indignado a aquella medalla, que es mi único confidente, cuánto me molestaba que aceptaras que ese “joven profesor” cambiara tus costumbres y decisiones.

Con el tiempo, yo había creado un conjunto de costumbres propias adaptadas a las tuyas para mantener mi amorosa y distante vigilancia, bajo la mayor discreción. Así, cuando ibas sola o con Dalia a la panadería o el supermercado; cuando salían de compras o al parque, yo tenía una actividad propia que me mantenía a una distancia prudencial, sin provocar suspicacias en nadie. Hube de habituarme a tomar importantes cantidades de café; lo que me hizo un buen cliente de la cafetería.

Me acostumbré a leer libros de temática variada; pues no podía aparecer con el mismo libro demasiado tiempo. En esta pequeña ciudad, prácticamente no existía inmigración, por lo que muchas personas se conocían desde todas sus vidas. Al mismo tiempo, hay una actividad turística de cierta importancia.

Tales circunstancias, hacen de esta gente amable y cortés. Por tanto, tuve que lidiar con sutileza y cordialidad, con simpáticos paisanos que me comentaban el contenido de un libro que llevaba en mis manos, me criticaban

o ensalzaban la comida del restaurante donde sabían que yo trabajaba o me recomendaban una golosina de una tienda.

De tanto transitar las calles de la ciudad, terminé conociendo unas pocas personas de trato, pero muchas de vista. Por eso, llamó mi atención que aquellos dos hombres estuvieran casi dos semanas caminando por las zonas residenciales, al parecer a la deriva.

Las primeras veces que advertí su presencia me parecieron turistas de escasos recursos; de esos que no pueden pagar una visita guiada a la montaña, ni restaurantes de etiqueta, así que se conforman con recorrer la ciudad, visitar plazas, parques y cafés disfrutando del agradable clima.

Uno era un hombre de mediana edad, muy delgado, de baja estatura; con la contextura de un muchacho de trece o catorce años; con una mirada atenta y observadora. Lucía un caminar sinuoso, casi felino, por lo que lo apodé en secreto “Pantera”. El otro era un tipo más bien joven, no muy alto, pero de contextura atlética; de mirada esquiva y aspecto retraído.

Observé varias veces a “Pantera” y su compañero tomando café, leyendo periódico, paseando desprevenidamente por la Plaza Mayor, las avenidas del centro de la ciudad y la Avenida comercial. Con el tiempo, sus paseos se fueron orientando hacia el área residencial, precisamente en la zona en la que habitas.

Por su discreción y sutileza me hicieron sentir un cierto grado de solidaridad. Imaginé, por un momento, que serían sobrevivientes de la guerra, que buscaban o cuidaban algún familiar a distancia.

Deseché luego esa idea, porque, aunque “Pantera” tenía suficiente edad, su compañero sin duda era muy joven para haber estado en combate. Confié que ocurriría, como en tantos otros casos, que mi capacidad y frecuencia de observación me desentrañarían este pequeño enigma sin importancia.

El siguiente sábado, pasé un rato muy divertido, a costa del chasco que se llevó el “joven profesor” en sus galantes intentos de cortejo. Intuyo que de alguna manera él sabía que tenías que llevar a Dalia a casa de esa chica rubia, amiga suya. Así que, cuando llegaste con tu coche y entraste a tu casa; él movilizó el suyo que estaba a dos calles y lo estacionó justo detrás, para aguardarte obstruyendo tu salida.

Me costó mucho no reír a carcajadas, cuando vi tu cara de reproche por su conducta; y luego su desconcierto al salirle muy mal, lo que él esperaba que fuera una divertida forma de presionarte a salir en su coche. Él trató de insistir e imponerse.

Tú, con severa serenidad, le apartaste la mano de tu codo, le sonreíste y montaste en tu coche, esperando hasta que se montó Dalia y el “joven profesor” apartó su vehículo. Ustedes salieron. Él quedó confuso y molesto. Yo, observando desde mi distante puesto en la cafetería, decidí tomarme otro café para deleitarme con su frustración.

Cuando llegó mi café, escucho una voz muy grave que me dice:

—El que se ríe solo, de sus picardías se acuerda.

Volteé la cara descubriendo que es aquel señor de pelo cano y cejas negrísimas, con quien he intercambiado saludos cordiales y uno que otro comentario sobre algunos de los libros que llevo usualmente conmigo. Le respondí extrañado, pero sin agresividad:

—¿Como dice, usted?

—Está usted riendo, sin siquiera leer el libro —me aclaró, para concluir —evidentemente, está en su mente el motivo de tal risa.

Con una amplia sonrisa le expresé:

—Ese es un don de la memoria, que nos permite evocar momentos divertidos y jocosos.

Él levantó su taza humeante de café y yo la mía, haciendo un brindis.

Llegué muy entusiasmado a mi habitación, a conversar con mi muda confidente. Saque la medalla de Arraez de su estuche. La coloqué en la mesita. Mientras me quitaba los zapatos y la ropa para ducharme, le iba narrando lo ocurrido.

Me duché. Me vestí, aún de muy buen humor y salí a la calle en la fresca noche. Me sentí con la libertad de tomar un par de cervezas, en un tranquilo bar. Salí de allí y me fui caminando lentamente a hacer una última ronda, cuando las panaderías y restaurantes estaban por cerrar.

A la distancia vi la luz de tu cuarto apagada y me extrañó. También la del cuarto de Dalia. Recordé, inmediatamente, que la niña estaba en la casa de su amiga. Por el morral que llevaba al salir, se quedaría esta noche a dormir.

Me acerqué a la casa, mucho más de lo que había hecho nunca. Tu coche estaba frío. Habías llegado hace rato. Me sentí nervioso. “¿Qué está pasando?” me preguntaba en silencio, mientras caminaba sigilosamente alrededor de la casa.

Observé una ventana del piso superior abierta. Me apresuré a acercarme y en la penumbra detecté unas huellas que trepaban por la pared hasta la ventana. Se me heló el corazón: ¡Entraron en tu casa!

El pánico que abrigó mi alma se trasformó de inmediato en

determinación: ¡Estabas en peligro y tenía que protegerte! Mi mente recuperó su mayor agudeza. “Nadie podría haber escalado hasta esa ventana sin ayuda. Deben haber utilizado otro acceso previamente. Era más de un sujeto y no eran unos novatos”.

Corría sigilosamente alrededor de la casa; buscando aquel otro acceso usado por los maleantes. “No hay señales de salida. Aún estaban adentro” analizaba. Habían procurado mantener su incursión sin que fuese notada; así que en ese instante, debían estar buscando dinero y objetos valiosos, “Te necesitaban viva y consciente” me decía. Mi esperanza era poder actuar antes que te hicieran daño.

Me acerqué a inspeccionar la rústica ventana del lavadero; notando que había sido forzada. “¡Por aquí entraron!” descubrí, mientras temblaba vigorosamente, llevado por la tensión del momento y el temor por tu vida. Entreabrí la ventana, tal como debieron hacer los delincuentes, me deslicé en silencio adentro del lavadero.

Pude ver huellas de zapatos enlodados que entraron antes que yo. En cuclillas, instintivamente intenté tomar mi arma de mi tobillo derecho. Al no conseguirla, me maldije en silencio por haberme visto obligado a encerrarla. “¡Cuánto la necesito ahora!” pensé, mordiéndome los labios.

Caminando agazapado seguí el rastro dejado por el ladrón. Oí su respiración agitada y sus pasos en el pasillo siguiente. Concluí que eran tres, pues en la pared de la ventana de la escalera había dos huellas distintas. Tenía que derrotarlos uno por uno; evitando que te hicieran daño. Esto no sería tarea fácil.

Tomé un tubo de metal de unos 30 centímetros que parecía desechado de algún antiguo drenaje. Era mi única arma. Me tendí cuidadosamente en el suelo para observar a mi primer objetivo.

Pude ver la mitad de su cuerpo en su nervioso andar, dos pasos a un lado y dos pasos al otro. Lo reconocí de inmediato. Era “Pantera”. Rápidamente varias piezas del rompecabezas que iba armando en mi mente, encajaron en su lugar.

Tomé un largo traje de franela y salté como un gato, mientras “Pantera” estaba descuidado, tomándolo por un brazo y derribándolo. Le metí el trapo en la boca. Rodamos por el piso. Él intentaba resistir, sin éxito, mi arrollador y hábil accionar, que lo dejó a merced de ataduras y mordazas. Le asesté un fuerte golpe en la base del cráneo que le hizo perder el sentido.

Una voz gritó desde el piso de arriba, en tono nervioso y hostil:

—¿!Qué pasa allá abajo!?

Otra voz casi en susurro, pero agresiva le replicó:

—¡Calla y haz lo tuyo! ¡Apúrate!

Dejé a “Pantera” bien asegurado en el lavandero. Faltaban los otros dos y uno de ellos debía estar cerca de ti. La voz del piso de arriba resuena de nuevo imprudente:

—¡Maldita, dime donde está el dinero! Sabes que esto no es todo. ¡Te mataremos si no hablas!

Desde la base de la escalera, le habla el otro maleante, esta vez sin cuidar susurrar.

—Date, prisa. ¿Estás jugando o qué?

—Tú vigila. Para eso te di el arma. ¡Yo me encargo de esta maldita!

Lo reconozco al verlo: es el compañero de “Pantera”

“Se están impacientando”, pienso. Decido actuar.

Cuando voltea de nuevo hacia arriba me lancé sobre él, agarrándolo del cuello desde atrás y doblando su brazo, forzándolo a soltar la pistola; que salió lanzada al otro extremo de la habitación. El tipo, fuerte e inesperadamente ágil, me propinó un rodillazo en las costillas y un codazo en la cara que me aturdieron. Un disparo me ensordeció.

Eso no me impidió escuchar tus gemidos, desde el piso superior. No distingo si son de miedo o de dolor; pero me desesperé. El maleante trató de levantarse y le pateé con fuerza su rodilla izquierda. Cayó al suelo gritando y tomándola con sus manos. Me monté a horcajadas sobre él. Lo golpeé varias veces en la quijada para asegurarme que se desmayara.

Me desplazaba reptando, para tomar la pistola que había quedado en el piso, cuando otra detonación y el salpicar de partículas del piso frente a mi rostro, me detuvieron. Volví apresuradamente a un sitio protegido de esos disparos, realizados por el tercer asaltante, desde el piso superior. El sujeto y yo estábamos mutuamente atrapados.

—¡Si no me dejas salir la matare. La matare! —me gritó, rabiosamente, unos instantes después.

—Ya maté a tus dos compinches —le mentí.

—Si te vas ahora, te perdono la vida.

La imagen del cuerpo del segundo asaltante en la base de la escalera, en una posición que lucía descoyuntada, y con sangre frente a su rostro, daban realismo a mi falsa versión.

Empezaste a gemir de nuevo, con más fuerza. Noté que estas amordazada.

El hombre bramó:

—Está bien. Apártate de la escalera. ¡Me voy!.

—Sal en paz —le respondí

—Pero me voy a llevar...

—¡Llévate lo que quieras, -le interrumpí, con brusquedad -pero sal ahora mismo!

Salió corriendo de un cuarto en el piso de arriba. Hizo dos disparos y, con dificultad, pues era un tipo muy grande, se montó por la ventana de la escalera y empezó a descolgarse hacia el exterior. Corrí. Tomé, al fin, la pistola del piso y subí, saltando escalones de tres en tres, a buscarte.

El cuarto está todo hecho un desastre de gavetas regadas, junto con sus contenidos por todo el piso. Todos los colchones y cojines están desgarrados con cuchillos y las cortinas arrancadas y hechas jirones. Te conseguí fuertemente atada en el extremo de esa habitación; quejándote con la cara contra la pared.

Me acerqué caminando nerviosamente. No parece estar consciente. Continúas gimiendo. Estabas muy golpeada en los brazos y el rostro, con algo de sangre. Lucías muy frágil en esas condiciones, pero no parecías tener daños mayores.

Allí estaba yo, sudoroso, con la manga de la camisa desgarrada, mis nudillos mezclaban la sangre de tus agresores con la mía. Estaba desaliñado como nunca, pero completamente...vivo. Me sentía, en cierta medida, avergonzado de estar vivo, frente a ti tan vulnerable. Me dije con severidad “No pude salvar a Arraez, pero contigo si lo he logrado”.

Sin dejar que pudieras ver mi rostro, te revise cuidadosamente; aunque ya había detectado que respirabas tranquila. Comprobé que no tenías heridas y me paralice embobado unos instantes ”Creí que jamás estaría de nuevo tan cerca de ti”. pensé con mis ojos humedecidos. Te desaté, planeando como llevarte a un médico. Recordé, de pronto, a los dos maleantes que no sabía si habrían huido. Me asomé al pasillo.

Fui recibido con dos disparos consecutivos, que me obligaron a lanzarme rápidamente al piso. Un cálido y espeso líquido salía lentamente de mi hombro izquierdo. Me revisé y no tenía más heridas de bala; aunque, por supuesto, estaba lleno de laceraciones y contusiones, por doquier. Ví a “Pantera” saltar ágilmente por la ventana gritando:

—¡Déjalo! ¡Vamos!

Su socio de fechorías, que había luchado conmigo en la base de la

escalera, se retiró por la misma ventana, arrastrando su pierna izquierda, con un arma en la mano. Salí tras ellos, por la misma ventana de la escalera y los correteé un par de calles; en las que intercambiamos algunos disparos a cierta distancia, con la evidente intención de intimidarnos a lo lejos.

Corrí de vuelta a buscarte. Llegué a tu lado. En mi ausencia, habías intentado incorporarte, quedando sentada al desmayarte. Un hilo rojo y espeso salía de tu blusa.

Te levanté cuidadosamente en mis brazos. Me miraste aturdida y me sonreíste, para luego desvanecerte. Salí, contigo en brazos. Ya había algunos vecinos en la calle, atraídos por golpes, gritos y detonaciones. Pude reconocer al anciano de enormes cejas que frecuentaba la cafetería donde hacía mis discretas vigilancias. Se me acercó. Con gesto tranquilizador, dijo:

-Ya viene una ambulancia. También la policía.-

Te miró, escrutando si estabas con vida. Al sentir tu respiración, puso una mano sobre tu cabeza, como consolándote a pesar que estabas inconsciente. Me miró a los ojos y me palmeó el hombro diciéndome:

—La salvaste.

Yo le enseñé tu ropa ensangrentada y murmuré, con voz temblorosa:

—Aún, no.

Aunque me pareció una eternidad, sólo transcurrieron, dos o tres minutos para que llegara la ambulancia. Sus luces y su sirena se confundían con las de las patrullas que la siguen a poco más de una calle de distancia.

En este momento, ya están decenas de personas en las calles; la mayoría de ellas en ropas de dormir, cubiertas por abrigos. Tú aún reposas en mis brazos. Parecías descansar plácidamente; pero yo sabía que estabas golpeada y herida. Te subí a la camilla y el paramédico me ordenó:

—Suba con su esposa.

Mientras van sujetándote apropiadamente dentro de la ambulancia y preparando los primeros auxilios que te prestarán camino a un hospital yo quedé paralizado, sintiendo rebotar esas palabras en mi mente.

No pude evitar pensar “Hace tanto que crees que ya no tienes esposo. Hace tanto tiempo que yo mismo dejé de sentir que tenía esposa y me convertí en este fantasma” Todo se me nubla. Pierdo la vista y me siento sin fuerza alguna.

Desperté acostado en la camilla de una ambulancia, que parece transitar a alta velocidad. Me sentía mareado y aturdido. Me levanté bruscamente, preguntando:

—¿Y Verónica? ¿Cómo está ella? ¿Dónde está?.

Me respondió un paramédico, muy joven.

—La señora ya llegó al hospital. Ya la están atendiendo. Recuéstese, ha perdido algo de sangre y tiene un fuerte golpe en la cabeza. No se preocupe: Usted va al mismo hospital.

Obedecí. Me recosté, inquieto aún y con un fuerte dolor de cabeza.

Aunque estaba muy aturdido y adolorido, llegué al hospital consciente. Preguntaba por ti a cada persona que se acercaba a mi. Me tranquilizan diciéndome que estás fuera de peligro y que te están tratando los médicos; pero no me permiten levantarme. Realmente, no podía hacerlo. No tanto por los golpes y magullones, y por la sangre perdida, sino por la medicación que me mantenía adormilado, cuando no directamente dormido.

Abrí mis ojos. Amanecía. Estaba menos adolorido y menos dopado. Me senté en la cama. Me acerqué a los pies de la cama y tomé la carpeta de control de los médicos. Leí, para mi tranquilidad, que me han atendido bajo la identidad de Gustavo Arraez. “Eso está en orden”, pensé.

Me levanté y me vestí, tratando de no hacer ni el menor ruido. “Debe estar a punto de pasar la ronda médica de la mañana” pensé. Efectivamente, entran cuando estoy recogiendo mis cosas para escabullirme. Rápidamente me les acerqué, disimulando mis intenciones iniciales, les dije:

—Los estoy esperando. Gracias por sus atenciones. Necesito retirarme.

Se miraron un poco extrañados. Una doctora de edad se acercó a la cama tomó la carpeta colgada y leyó con detenimiento. Me miró severamente y me indicó, con autoridad:

—Usted tiene prescrito mantenerse en observación durante 24 horas más. ¡Por favor, acuéstese!

Cruzamos algunas palabras más, hasta que aceptaron a regañadientes darme de alta, bajo mi responsabilidad.

Con todo el papeleo listo; decidí mirar con mis propios ojos tu estado de recuperación; para corroborar lo que me informan los médicos ante mi insistencia.

Sigilosamente, entré en tu habitación. Aunque en el cielo ya brillaban las primeras luces del día, la habitación estaba en penumbras. Dormías, con una respiración tranquila y en una postura relajada; lo que disminuyó mi preocupación, aunque sólo distingo los principales rasgos de tu rostro.

Allí en la cama limpia tienes mejor aspecto. Los años te han dado un cierto aire de seriedad, pero no han mermado tu belleza, ni la expresividad de

tu rostro. Me embeleso con la visión de tu rostro sereno en la penumbra y no puedo contener unas silenciosas lágrimas de alegría que brotan de mis ojos, ruedan por mis mejillas y terminan en tus sábanas blancas de hospital.

Tomé la carpeta colgada en tu cama, y aunque no entendí varios términos médicos; constaté, para mi tranquilidad, que no se prescribía ninguna intervención quirúrgica y ningún traslado. En ese momento, me permito estar alegre de que estés a salvo.

Había cumplido mi labor. Ahora tenía un nudo en la garganta, pues sabía que debía retirarme. Volver a alejarme; quizás más que antes, para dejar que tu vida siguiera su camino sin el tormento de mi presencia. Musité tu nombre.

—Verónica.

Para mi asombro, abriste tus ojos; sonreíste y dijiste, con dulzura:

—Gonzalo.

Volviste a dormir, de inmediato. Mi nombre en tus labios, el sonido de tu voz, me conmovieron como aquel adolescente en uniforme de cadete que se preguntaba cien veces, si realmente me habías sonreído.

Una enfermera bastante obesa, entró a la habitación. Se ofuscó al verme allí. Puso sus brazos en jarra, preparada a reprocharme. Solté cuidadosamente la carpeta con tu historia médica y dí dos pasos hacia ella haciendo gestos con mis manos para calmarla. Me miró fijamente y cambió completamente su actitud, pronunciando a muy baja voz:

—¿Usted es el paciente que viene del mismo asalto?

Le respondí afirmando con la cabeza, en silencio —temeroso de que despertaras.

—La señora está bien —me dijo, mientras me tomaba por el brazo y me sacaba de la habitación con gentileza, pero sin ninguna posibilidad de oposición de mi parte.

Afuera, me tomó de la mano como un niño, me llevó por el pasillo hasta la central de enfermeras y me invitó a sentarme. Trajo dos cafés muy calientes. Se sentó conmigo y me dio un parte, rigurosamente detallado y en lenguaje comprensible para mí, de tu estado de salud y de todo lo que habían hecho en ese hospital para recuperarte. Me sentí tranquilo: de verdad estás francamente recuperada.

Espontáneamente abracé a la recién conocida enfermera, mientras recordaba a la dulce Eloísa que cuidó de mi por cinco años, hasta que volví a la vida. La obesa mujer se extraña, pero al fin me abrazó. Me tomó la cara como a un niño y sentenció:

—Esa mujer es muy afortunada: ¡Cuanto la amas!

Sonreí ruborizado y salí presuroso del hospital, mientras Dalia entraba corriendo a buscarte, sin reparar en mi presencia.

La frase de la enfermera me había sacudido. Mi boca se mantenía cerrada, pero mi mente gritaba “Si, te amo. Te amo. No importa cuanto lo esconda, mi amor por ti parece brotarme por los poros.” Me voy rumbo a mi habitación, ruborizado, pero feliz.

Estaba ya culminando de fregar los pisos del restaurante rutinaria y mecánicamente, cuando escuché la ronca voz del Jefe de Cocina, en un tono que no pude descifrar si era furioso o asustado:

—¡Gustavo! ¿!Que pasa aquí!? ¡La policía te busca! ¿!En qué problema te has metido!'

Venía caminando desde la puerta con dos policías uniformados, algunos pasos detrás de él. Al llegar a mi lado, me susurra ingratamente en el oído:

—¡No quiero ver policías aquí!

Se separó de mí y vuelve a su tono alto y agresivo:

—Si estás en problemas con la ley... ¡te vas hoy mismo!.

Le puse la mano en el hombro y se quedó en silencio.

Esos dos policías me llevaron, en calidad de testigo, a la reconstrucción de los hechos. Fuimos en su patrulla a la escena del asalto; donde yo debía explicar todo lo acaecido indicando en que sitio preciso ocurrió cada momento del desagradable incidente. Me indicaron que luego debía contribuir a la identificación de los sujetos.

Sabía, desde que los vi en el restaurante, que esto se iba a complicar. Me interrogaron intensamente. Se burlaron, Me amenazaron; tratando de intimidarme. Insinuaron que yo era uno de los asaltantes. En el fondo, es lo que ellos sospechaban.

Buscaban indicios que sustentaran tales sospechas. Me llevaron al forense. Me explicaron que deben evaluar los daños que sufrí en el rostro; pero no les creí. Aún así, no me resistí, ni les planteé objeción alguna.

Entramos en el sótano del mismo hospital del que salí ayer. Me sometieron a chequeo médico. Me hicieron mediciones anatómicas. Tomaron muestras de mis cabellos y debajo de mis uñas. Y varias pruebas más. “Ya se darán cuenta de su error” pensaba, desechando cualquier preocupación al respecto.

Mi mente estaba concentrada en pensar cómo hacer para no llamar la atención y volver a mi discreta vida, lo antes posible. Entró uno de los

policías uniformados, con una sonrisa de satisfacción. Desenfundó su arma y me apuntó. Detrás entraron otros dos hombres que no había visto antes, vestidos de paisano; pero, evidentemente, son policías.

—Queda usted detenido, ciudadano —dijo uno de ellos.

—Me parece que estoy detenido, hace ya un rato. Se puede saber de qué se me acusa —repliqué con tranquilidad, asumiendo que había una confusión que se resolvería sencillamente. Ambos policías de civil muestran las armas en sus manos, apuntando hacia mí, mientras mi interlocutor respondía:

—Por falsificación de documentos de identidad. Por asalto a mano armada y lesiones graves en la persona de la ciudadana Verónica...

Lo interrumpí a gritos, perdiendo el control:

—¡Ustedes no entienden nada! ¡Yo la he salvado de esos asaltantes!

Me tomaron por la fuerza y me dí cuenta que no debía resistirme. Me sacaron esposado del hospital, ante los ojos asombrados de pacientes y personal del mismo. Casi a rastras, me llevaron a una patrulla, mientras les digo en voz baja:

—Soy un excombatiente. Esperen un momento. Déjenme explicarles todo. Están cometiendo un error. ¡Escúchenme!

Cuando soy montado en la patrulla, de muy malas maneras, alcanzo a ver a Dalia, con los ojos muy abiertos que exclamó, con voz aterrada:

—¿!Papá!?’

Llevaba varias horas sujeto a una silla, bajo una lluvia de preguntas, acusaciones, amenazas, empujones y golpes. Ante toda esa avalancha, traté de explicar lo realmente sucedido; aunque sabía que sería muy difícil hacerme entender. Los policías no me creían nada; convencidos, como estaban, de haber conseguido uno de los delincuentes que había roto la tranquilidad de su apacible ciudad.

Decididamente, estaban dispuestos a ganarse el reconocimiento de sus jefes y su comunidad a costa de mi pellejo. Supe que con estos policías no tenía salida. No tendría solución y el escándalo sería mayúsculo. “Verónica está directamente implicada. No hay forma de que no se entere” pensaba inquieto.

—Confesaré todo —les dije repentinamente.

Observé a los dos policías de civil que tengo al alcance de mis vista, sonreír regocijados del éxito, que sentían a punto de llegar.

—Habla, pues, delincuente. —Me dice uno de ellos, con brusquedad.

—Así, no. Tengo una condición.

El otro me da un empujón por la espalda, mientras me gruñe:

—¿!Quieres la prensa, maldito ladrón!? ¡No inventes! ¡Tú estás a punto de darle tu última confesión a un cura!

Escuché varios hombres riendo, con esta amenaza burlona.

—Sólo le confesaré al jefe de esta estación —proseguí con decisión. Los hombres dudaron y se miraron entre sí, entre cuchicheos. Me puse en pie, como pude, aun amarrado a la silla y grité varias veces, sabiendo que estaba siendo escuchado por más personas de las que podía ver:

—¡Sólo le confesaré al comandante, al jefe de esta estación!

—¡Sólo al comandante, le haré mi confesión!

Me empujaron con mucha fuerza y rodé por el piso torpemente, en un amasijo entre mi cuerpo y la silla. Breves cuchicheos y salen todos de la habitación de interrogatorio. Desde mi ridícula posición en el piso, tuve la certeza que mi jugada había tenido efecto.

Pasaron tres o cuatro horas más. Solo en la habitación, en el piso, atado a la silla, sin poder levantarme. Entraron tres o cuatro hombres. Me levantaron en vilo entre varios y me sentaron de nuevo frente a la fuerte luz del interrogatorio. Se sentó frente a mí un hombre de cierta edad, con gestos muy poco amables, acariciando su mentón perfectamente rasurado.

—Yo soy el comandante —dice, cortante.

Me doy cuenta, por la actitud reverente de los demás que no miente.

—Estoy atado. No creo que sea yo peligroso en esta condición. ¿Puedo hablar con usted a solas? —dije en tono serio, pero lo más respetuoso posible.

Se acarició el mentón desnudo unos minutos más

—Salgan —dijo; añadiendo después de una breve pausa -Salgan todos.

Empecé a hablar midiendo bien mis palabras. No podía contarle todo mi drama, pues no me creería. Así que me concentré en decirle que hablara con mi oficial de contacto del Ejército; pues yo estaba en una condición especial.

Le di mi verdadero nombre y rango. El comandante escuchó mi breve y concisa narración, sin concederme mucha credibilidad. Salió de mi cuarto de reclusión sin decir nada, pero no volvieron a interrogarme. Después de unas horas entró en el recinto con mis documentos reales y mi arma en la mano; obtenidos seguramente de una severa requisita en mi habitación. Me los mostró y me dijo:

—Mañana vienen por ti.

Al día siguiente, varias horas después de amanecer, me desamarraron. Me permitieron ir al baño, y me dieron un trozo de pan y una taza de café.

Casi al mediodía, entró un viejo y delgado Coronel del Ejército. Me entregó mi arma y mis documentaciones de identidad, incluyendo aquellas que figuraba con el nombre de Gustavo Arraez. Habló sin miramientos ni introducciones:

—Tienes desde este momento libertad plena. Les dije que eras de Inteligencia y que estabas autorizado para portar doble documentación. Les ordené que ellos debían cubrir tu doble identidad, por compromiso con la Seguridad de Estado. Acataron la orden formalmente, pero esta es una ciudad pequeña; que se deleitará con un nuevo chisme. En dos o tres días, todos lo sabrán. Decide pronto qué vas a hacer con tu secreto.

En un tono mucho más familiar, y dándome una palmada en la espalda, continuó:

—Nada más podemos hacer por ti. Hasta pronto, Mayor.

Me cuadro en impecable saludo militar y salgo de la habitación con un aire marcial que no tomaba desde mi baja, hace ya más de dos años.

Apenas me devolvieron mis documentos, mi correa y las trenzas de mis zapatos, salí a buscarte a toda prisa. Habiendo caminado, casi al trote, un par de calles, caí en cuenta que llevo tres días con la misma ropa. Sin duda, necesito asearme adecuadamente. Me devolví, sin demora, a mi habitación.

Me di una buena ducha, mientras mi mente divagaba ansiosa entre la necesidad urgente de conseguirte y saber cómo te encontrabas y el temor de ser visto por ti. Salí de la ducha, con la certeza que no tengo solución para ese dilema...pero debo buscarte. Asumiría ese riesgo.

Tal incertidumbre hacía que realizara las cosas con un tanto menos de apresuramiento. Me recorté un poco la barba, con una tijera. Me vestí, de ropa limpia y planchada. Y pasé unos diez minutos peleando, peine en mano, con mi cabello mojado, hasta que logré darle un aspecto aceptable.

Me encaminé a tu casa a buen paso. Ya cerca de allí, me percaté que está vacía. Ya conozco todas tus rutinas. Aún estaba rodeada de cintas amarillas de seguridad. Me asaltan las dudas. ¿Habrías tenido una recaída imprevista? No lo creo el reporte médico era muy claro.

Estabas francamente recuperada ¿El trauma de este incidente, te habría impulsado a abandonar la ciudad repentinamente? Temblé de pensar que te podías haber marchado y que no te vería más. Me recompuse, con un pensamiento esclarecedor “Te encontré una vez. Te encontraré de nuevo. Te encontraré mil veces, si es necesario”

Sólo podía indagar sobre tu paradero en el último sitio donde te vi: en aquel hospital. Partí directo hacia allí. Cuando me faltan unas cinco calles

detengo mi marcha, en medio de las dudas. Al fin, hago un pequeño desvío hacia la avenida comercial, a un lugar que había visto tantas veces, pero en el que había evitado entrar, hasta entonces. Me urgía comprar algo allí.

Tenso, ingresé a través de la amplia puerta de emergencia del hospital. Las enfermeras, camilleros y médicos me saludaban con una cordialidad que no comprendía. A todos respondí con gestos corteses, pero evasivos. Ya cerca de la habitación, me acerqué a una enfermera bastante joven. Antes de abrir mi boca, ella me señaló la misma habitación y me dijo, sonriendo:

—Sigue allí, pero ya por poco tiempo.

Me detuve frente a esa puerta, con el corazón tan desbocado que parecía querer saltar de mi pecho. Mis manos sudaban copiosamente. Mi mente estaba aturdida. Las Imágenes se agolpaban desordenadas pugnando por imponerse, pero ninguna lo lograba.

En un instante, contemplo nuestro primer beso, luego la lucha contra los asaltantes; un poco después la sonrisa de Arraez, en aquel último combate; más tarde, el nacimiento de Dalia; posteriormente una tarde en el parque junto al “joven profesor”. Rompo toda esa confusión, con lo único que podía hacerlo: Abrí la puerta.

Te veo sentada en la cama hospitalaria, vestida con ropa de calle. Un sobrio traje gris, que te había visto usar en días fríos para asistir a tu trabajo. Te ves sencilla, pero elegante. Te maquillas meticulosamente. Tú rostro aún muestra algunas evidencias de moretones, pero estaba ya desinflamado.

Tu cabello suelto, luce radiante con ese mechón plateado adornándolo. Tus hermosos ojos avellanados se posan sobre mí, disponiéndote a decirme algo. Me miras confundida, pues no era yo a quien esperabas encontrar. Tu mirada es como un rayo fulminante para mi alma. Mi vida queda congelada en ese instante, sin ninguna capacidad de reacción.

Siento al mismo tiempo, que hacía siglos que no me mirabas, y que nunca hubieses dejado de hacerlo. Tu expresión pasa de la extrañeza al asombro. Esbozas una sonrisa de satisfacción; como una niña que descubre que el regalo de Navidad en realidad lo compran con cariño sus padres. De inmediato te muestras conmovida. De tus labios sale, sutil pero decidida, una frase:

—¡Eres tú!

Lloras sentada en la cama, confundida, molesta. No dejas de mirarme, pero no te atreves a decir nada y mucho menos a acercarte. Yo sólo me atrevo a mirar tus hermosos ojos vertiendo lágrimas que corren por tus mejillas. Tu llanto da un brillo especial al avellanado color de tus ojos.

Es un llanto sereno que suaviza un tanto lo dramático de las expresiones de tus facciones que alternan el asombro, la rabia, el miedo y la confusión. Percibo que un temblor incontrolable domina mi cuerpo; pero no me doy cuenta que mis ojos parecen ya manantiales, desbordados en lágrimas.

Tu mirada se clava en mis ojos. Tus manos, con las palmas vueltas hacia arriba, como en sentida oración, me claman una explicación. Mis labios no pueden expresar palabra alguna: Mi mente no consigue articular ni siquiera un breve discurso que intente responder tantas cosas. Así que hago lo único que puedo hacer.

Lo único que sabía que tú entenderías. Saco lo que llevo oculto cuidadosamente en una bolsa de papel, bajo mi chaqueta y lo coloco, sostenido con mis dos temblorosas manos, frente a tus ojos: Una hermosa dalia roja.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! —repites casi a gritos, sonriendo con las mejillas surcadas de lágrimas.

—Soy yo, amor —digo, saliendo al fin de mi parálisis y corriendo a estrecharte entre mis brazos. Entra en ese momento Dalia, con expresión preocupada, supongo que por el tono alto y conmovido de tu voz. Al vernos abrazados, salta sobre sus dos pies repetidas veces y te grita, en tono chillón:

—¡Te lo dije mamá!, ¡Te lo dije!-para luego, en tres pasos, lanzarse sobre nosotros como cuando era una bebé de caminar inseguro.

Caemos todos en la cama, con cierta torpeza. Recojo del piso, algo estrujada, la dalia que traje conmigo, Me la quitas con dulzura de las manos y me dices, justo antes de evitar cualquier respuesta sellando mis labios con un beso:

—¡Ya tenemos la única Dalia que nos hace falta!

Los tres reímos con aquella inmensa felicidad que extrañábamos desde hacía mucho tiempo.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) enlace o foto de la review, y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo —Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada —Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total —Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un

sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había

marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.